

SERVICIO
SECRETO

SS

TU VIDA VALE UN MILLON

Clark Carrados





SERVICIO SECRETO



CLARK CARRADOS

TU VIDA VALE UN MILLÓN

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.584

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO

**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.720 - Miedo a los lobos.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.578 - Días de sangre y furia.

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:

1.058 - Sed de odio, sed de sangre.

En Colección CALIFORNIA:

812 - Abogado de revólver.

En Colección KANSAS:

1.030 - Derrota y victoria.

En Colección BRAVO OESTE:

626 - Clave para el asesino,

En Colección SALVAJE TEXAS:

818 - El fin de la cuenta.

En Colección ASES DEL OESTE;

635 - Las siete chicas de oro.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

138 - Contratados para morir.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

66 - Destinos ardientes.

En Colección PUNTO ROJO:

966 - Mil pares de ojos.

En Colección COLORADO:

1.069 - Unidos por el odio.

ISBN 84-02-02513-7
Depósito legal: B. 30.638 - 1980
Impreso en España- Printed in Spain

1.ª edición: diciembre, 1980

© Clark Carrados - 1980
Texto

© Bernal - 1980
Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA. S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)
Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.A.
Parets del Vallès (N-152 Km 21.650) Barcelona - 1980

CAPÍTULO PRIMERO

Rasgó el sobre con una plegadera de plata, con empuñadura ricamente adornada, y una fotografía y una cuartilla cayeron sobre la carpeta de su mesa.

En la fotografía estaba él, retratado hasta los hombros. Había una cruz blanca, hecha con delgados hilos, cuya intersección se producía directamente sobre la sien izquierda.

Y el mensaje contenido en la cuartilla decía:

«Es sólo una fotografía, tomada con teleobjetivo.
Pero figúrese que hubiera sido un fusil con mira
telescópica. A estas horas, ya le habrían enterrado.
¡Devuélvame mis
100 000,
bandido!».

No había más, ni fecha ni firma, ni dirección, pero Frank Stubbins se imaginó fácilmente quién le había enviado aquella extraña carta y emitió un bramido de ira. Luego rompió el sobre, la fotografía y la cuartilla en mil pedazos y los arrojó a la papelera.

En lo sucesivo, se dijo, procuraría ir bien acompañado por sus dos guardaespaldas de absoluta confianza: Parry *el Frío*, y Orkoney *el Lobo*. No podía correr riesgos y, por supuesto, no sentía la menor inclinación a devolver el dinero que le reclamaban.

Cuarenta y ocho horas más tarde, recibió otra carta semejante, sólo que la fotografía había sido tomada durante una reunión de negocios. También se habían pintado aquellas dos rayas blancas, que simulaban la cruz filar de un visor de puntería. En cuanto a la nota que acompañaba a la fotografía, decía así:

«No pienso dejarte hasta que me pagues. Canalla,

¿cuándo me devuelves mi dinero?».

Stubbins se subía por las paredes. Ordenó investigar a sus más fieles secuaces y desplegó un eficaz dispositivo de confidentes, pero no consiguió ningún resultado. El autor de las fotografías parecía haberse convertido en humo.

Dos días después, recibió la tercera fotografía. Estaba en la piscina de su casa, en pie, con el brazo izquierdo sobre los apetitosos hombros de una espléndida rubia. Stubbins y la rubia aparecían completamente desnudos. Eran los únicos que se hallaban en la piscina en aquellos momentos; les gustaba bañarse sin ropa y los guardaespaldas habían registrado minuciosamente el jardín, como hacían siempre, sin encontrar rastro de persona o personas sospechosas.

La cruz de puntería estaba ahora sobre su ombligo. Y el contenido del mensaje era:

«Imagínate que tengo un fusil y que aprieto el gatillo. Te habría echado las tripas al aire, maldito roñoso. ¿Cuándo te vas a convencer de que quiero mi dinero?».

La ira de Stubbins alcanzó extremos delirantes. Sus gritos de furor, mezclados con tremendas interjecciones, algunas de ellas completamente nuevas, duraron mucho rato.

Al día siguiente, Stubbins tuvo necesidad de hacer algunos asuntos en la ciudad. Cerca del mediodía, se dispuso a cruzar una acera. Cuando el semáforo para peatones se puso en verde, echó a andar, seguido por Parry y Orkoney.

Junto a él caminaba una anciana, vestida modestamente, que se apoyaba en un bastón. La mujer tenía ciertas dificultades para andar y Stubbins, que cuidaba mucho de su imagen pública, la tomó del brazo.

—Por favor, permítame, señora... Yo la ayudaré a cruzar la calle.

—Gracias, joven, es usted muy amable —contestó ella—. Hoy día ya no se ven escenas semejantes: se han perdido las buenas formas...

Stubbins y la anciana se separaron al llegar al otro lado de la

calle. Stubbins acudió a la entrevista. Durante el transcurso de la misma sintió deseos de fumar y metió la mano en el bolsillo para sacar el encendedor.

Pero encontró otra cosa muy distinta. Estupefacto, sacó aquel cilindro envuelto en un papel. El cilindro era un cartucho de pistola, con su correspondiente proyectil. Y en el papel que lo envolvía había una nota:

«Imagínate que hubiera apretado el gatillo, cuando me ayudabas a cruzar la calle. Con silenciador, nadie se habría enterado. Vampiro, págame de una vez».

Stubbins se mareó. La maldita vieja...

Pero tenía su orgullo y decidió no pagar. Para él, había sido un negocio más. No era suya la culpa si había fracasado.

Siempre escoltado por los dos matones, Stubbins salió de la casa. El chófer, impasible, aguardaba junto a la portezuela abierta. Stubbins entró en el coche y dio una orden:

—¡A las oficinas de la Gryber's Industries, Albert!

—Sí, señor.

El chófer, correctamente uniformado, ocupó su puesto. Hizo girar la llave de contacto, pero el motor permaneció silencioso. Mientras, Stubbins se entretenía leyendo unos documentos. Preveía una discusión muy enconada con los directivos de la empresa, a la que se dirigía.

Albert volvió a mover la llave. No se produjo el menor sonido.

—No sé qué pasa aquí...

—¿Albert? —dijo Stubbins.

—Perdón, señor; pero el motor no arranca. Si me lo permite, miraré a ver qué sucede.

—Date prisa, por todos los diablos —gruñó Stubbins—. Si no llego a la hora convenida, el negocio se irá al diablo.

—Sí, señor, lo intentaré...

Albert se apeó del coche y levantó la tapa. Una exclamación de sorpresa brotó de sus labios.

Stubbins se asomó por la ventanilla posterior.

—¡Albert! ¿Qué es lo que pasa? —gritó.

—Señor, el coche no puede andar porque... —El chófer parecía

a punto de echarse llorar—. ¡No tiene motor! —sollozó.

—¿Qué? —gritó Stubbins. Abrió la portezuela y se precipitó fuera, enloquecido de rabia—. Es una estúpida broma...

Pero al llegar junto al morro del coche se calló.

La boca de Stubbins se abrió estúpidamente. Albert tenía razón; faltaba el motor. Por completo; sólo quedaba la bancada de apoyo, pero ni rastros de algo que permitía al coche llegar a los doscientos cuarenta por hora, cuando era necesario.

Stubbins se fijó entonces en algo adherido a la tapa del motor. Antes de arrancar el sobre, sujeto con una tira de papel transparente, se imaginó su contenido.

Era otra nota:

«Soy un tonto. En lugar de llevarme el motor, debí haber puesto diez cartuchos de dinamita. Frankie, empiezo a cansarme, ladrón. ¿Cuándo me pagas?».

Stubbins casi se echó a llorar. Ya no llegaría a tiempo a la entrevista y perdería el negocio, que podía haberle hecho ganar quinientos mil dólares.

Pero era un tipo muy terco y pateó el suelo con furia.

—¡No pagaré! —exclamó, ante la estupefacción de los tres sujetos que le contemplaban en silencio.

Tres días más tarde, Stubbins se dispuso a salir de nuevo.

Esta vez, el coche había sido revisado minuciosamente. El motor funcionaba a la perfección y no había explosivos por ninguna parte.

Albert se sentó tras el volante. Hizo arrancar el motor, movió la palanca correspondiente y pisó ligeramente el acelerador, para salir en marcha atrás, a fin de maniobrar adecuadamente y enfilar el sendero que conducía a la salida del jardín. Entonces se oyó un estruendo aterrador.

El morro del coche se inclinó bruscamente hacia adelante. Las dos ruedas delanteras quedaron en el mismo sitio, inmóviles y verticales durante un segundo, y luego caídas sobre el pavimento, separadas por completo de sus ejes.

Stubbins aulló indescriptiblemente. Albert, Parry y Orkoney se sentían completamente desconcertados.

—Os voy a despedir, inútiles... No servís para nada, estúpidos... Me pregunto para qué sirve el dinero que me gasto en vuestros

salarios...

En aquel instante, se acercó el solemne mayordomo con una bandeja en la mano.

—Acaba de llegar esta carta para usted, señor —dijo.

Stubbins la cogió de un manotazo. Rasgó el sobre. Sabía que iba a encontrar un mensaje de su acreedor:

«Divertido, ¿eh? Eres muy terco, pero yo lo soy más, cochino ladrón. Vamos, ¿cuándo te decides a saldar la deuda?».

Por la noche, Stubbins, se llevó unos papeles a la cama, a fin de estudiarlos antes de dormirse y tomar una decisión sobre el asunto a que se referían. El mayordomo le sirvió un *whisky*, encendió un cigarro y luego apretó el botón de la radio; Le gustaba escuchar música de fondo, mientras revisaba documentos. Le hacía sentirse muy relajado.

Pero lo que oyó no fue precisamente música, sino una voz llena de sarcasmo:

—¿Vale más tu tranquilidad que los cien mil dólares que me debes? Sabes perfectamente que fue una estafa y no pienso parar hasta que pagues. Como dijo aquél, todavía no he empezado a luchar. Aún no sabes lo que es bueno, Frankie Stubbins. Paga o no tendrás tranquilidad el resto de tus días... que acaso pueden ser muy cortos. Buenas noches y ojalá no pegues un ojo.

Y, en efecto. Stubbins no pegó un ojo en toda la noche.

A la mañana siguiente, llamó a sus más fieles secuaces, el Frío y el Lobo.

—Se llama Muir Monk, ya lo sabéis. Quiero que me lo traigáis a casa. Voy a darle una lección que no olvidará jamás en la vida. No le hagáis nada: yo me encargaré de todo, ¿entendido?

Parry y Orkoney asintieron. Salieron de la casa y regresaron al atardecer.

Estaban desnudos en el coche, atados de pies y manos y Orkoney tenía pegada una nota en la frente. Temblando de rabia y, por primera vez, empezando a sentir miedo, Stubbins leyó la nota:

«Empiezo a cansarme. Hasta ahora, todo ha sido un juego. Si empiezo a tomarme las cosas en serio, lo

pasarás mal, miserable».

La muchacha descendió por la escalera del primer piso. Era muy alta, esbelta, casi delgada, pero con formas inequívocamente femeninas. El pelo era dorado oscuro, largo, suelto, y los ojos tenían un color azul muy claro, que le proporcionaban un tremendo atractivo. Frank Stubbins la contempló con legítimo orgullo de padre.

—Constance, hija, felicidades —dijo Stubbins.

—Gracias, papá. ¿Qué me toca este año? —preguntó la muchacha.

—Ahí lo tienes, hija.

Los ojos de Constance contemplaron el enorme cajón de madera que estaba situado en el centro del vestíbulo. Hankins, el mayordomo, se hallaba junto a la caja, con un martillo y un cortafríos en las manos.

Constance se acercó al cajón y leyó las etiquetas.

—¡Viene de Meissen, Alemania! —exclamó—. Papá, adivino lo que es...

Stubbins sonrió complacido.

—Celebro tu perspicacia. Sí, es una vajilla de porcelana de Meissen, encargada especialmente para ti, con tus iniciales y las de tu prometido. ¿Quieres verla?

—Claro, papá, inmediatamente —exclamó ella, a la vez que palmoteaba de alegría.

—¿Hankins?

—Al momento, señor.

El mayordomo empezó a trabajar. Momentos después, levantó la tapa.

Y entonces vieron un espectáculo desolador.

La vajilla, más de un centenar de piezas de valiosa porcelana, era sólo un montón de cascotes, el mayor de los cuales no medía más de cuatro o cinco centímetros cuadrados. Al ver aquella catástrofe, Stubbins se congestionó hasta el punto de que pareció iba a estallar como una bomba.

—No se lo perdonaré jamás —bramó—. Me vengaré, me tomaré el desquite, le arrancaré la piel a tiras...

—Pero ¿quién ha podido hacer una cosa semejante? ¿Qué

persona ha tenido una idea tan ruin? —preguntó Constance, con los ojos llenos de lágrimas.

Stubbins tardó un buen rato en reaccionar. Cuando se sintió un poco mejor, hizo una seña con la mano.

—Ven a mi despacho, hija —indicó—. Tú y yo tenemos que hablar muy en serio. Porque te gustaría desquitarte del hombre que te ha hecho tan sucia faena, precisamente en el día de tu cumpleaños, ¿no es así?

—Desde luego, papá. Ese miserable se merece una buena lección...

—Entonces, ven y hablaremos —dijo Stubbins. Por encima del hombro añadió—: Hankins, puede tirar «eso» a la basura.

—Bien, señor —contestó el mayordomo, en cuyo rostro no se había producido la menor alteración.

Padre e hija entraron en el despacho. A Stubbins no le extrañó encontrar un sobre encima de la mesa. Pero en esta ocasión, sorprendentemente, la carta iba dirigida a la hija.

Momentos después, Constance se enteraba del contenido de la carta. Era muy breve pero, quizá por lo mismo, mucho más burlón:

«¡Felicidades!»

CAPÍTULO II

Estaba sentado frente a una mesa, en la que había unos cuantos papeles, que leyó con suma atención. Al terminar. Bent Cheely sonrió satisfecho.

—Valen su peso en oro —murmuró.

Pero rectificó en el acto. Los papeles pesaban muy poco. Apenas unos gramos y eso era una miseria, se dijo.

Cheely se frotó el mentón, mientras estudiaba el mejor modo de sacar el máximo jugo a aquellos documentos. El tipo al que se referían pagaría mucho dinero.

—Muchísimo, puede que doscientos mil. O trescientos mil... Y sí le aprieto las clavijas, puede que hasta el medio millón...

Cheely empezó a trazarse rosados sueños. Hoteles de lujo, Honolulu, Florida, las Bahamas, trajes caros, automóviles costosos, hermosas y complacientes mujeres... Su vida iba a ser un paraíso en un plazo muy breve, se dijo, mientras pensaba en la carta que iba a redactar pidiendo la suma que estimaba valían aquellos documentos.

Los dorados sueños de Cheely se disiparon bruscamente al sentir un golpe en la sien izquierda. Fue su última sensación en una existencia que había durado mucho menos de lo que suponía.

Cheely no supo que le había matado un proyectil calibre 38. Ni siquiera oyó el ruido del disparo, porque el asesino había utilizado silenciador.

El asesino penetró en la estancia. Vestía ropas oscuras, usaba sombrero y gafas de color, y llevaba las manos cubiertas por unos guantes negros.

Lentamente, se acercó a la mesa y tomó los documentos, que leyó con gran atención. Al terminar, una sonrisa se dibujó en sus pálidos labios.

—Maravilloso —murmuró para sí—. Es precisamente lo que

estaba buscando.

Dobló los papeles cuidadosamente y los guardó en uno de los bolsillos de su traje. Luego, en silencio, se encaminó hacia la puerta.

Con la mano en el interruptor, miró al hombre que yacía derrumbado al pie de la mesa.

—Gracias por el favor. Bent Cheely —dijo burlonamente.

Apagó la luz y salió.

Muir Monk oyó el timbre de llamada y abrió la puerta. Con ojos llenos de pesimismo, miró a la hermosa mujer que estaba en el umbral.

Ella era morena, de formas opulentas y tenía unos treinta años, aproximadamente la edad de Monk. Tras unos segundos de vacilación, Monk se echó a un lado.

—Pasa, Tracy —invitó—. Te serviré algo de beber.

—¿Para pasar mejor los malos ratos? —preguntó ella.

—Sí, justamente.

Tracy Weldon iba vestida enteramente de negro y llevaba un velo sobre el rostro, que levantó una vez dentro del apartamento, Monk puso hielo en dos vasos, añadió *whisky* y entregó uno a su visitante.

—Lo siento. Él no cede —dijo.

Ella le miró tranquilamente.

—No te apures. Muir. Has hecho lo que ha estado en tu mano. Si no lo has conseguido, no tienes la culpa.

—¡Soy culpable! —dijo él, exasperado—. ¿Es que no lo comprendes? Tú confiaste en mí para que hiciera una buena inversión y lo único que conseguí fue perder el dinero del seguro de tu marido. Ahora estás en la ruina...

—Por favor, no te lo tomes así —sonrió ella—. Aún me quedan algunos valores, la casa de Long Beach y los terrenos de la Sierra. Vendiénolo todo, puedo sobrevivir sin dificultades. Repito que no tienes la culpa de nada; hiciste lo que creías mejor y, bien, todos estamos expuestos al fracaso.

—Fue un robo —gruñó Monk—. Lo mismo que si me hubieran puesto una pistola en el pecho. Tracy. No me lo perdonaré jamás y ese hijo de su madre pagará, tarde o temprano, pero pagará, te lo aseguro.

—¿De veras lo crees así. Muir?

—Sí. Tracy.

Hubo un momento de silencio. Monk dejó su vaso en la consola. Nervioso, buscó cigarrillos.

—Muir —dijo ella de pronto.

—¿Eh? —contestó Monk distraídamente.

—Tengo que decirte algo y no sé cómo empezar...

Monk volvió la cabeza para mirarla.

—Adelante, mujer —sonrió—. Tienes confianza en mí, supongo.

—Claro. —Ella dio dos pasos y se le acercó—. No sé cómo empezar; te lo digo sinceramente. A veces me siento tan deprimida...

—Necesitarías viajar una temporada, olvidarlo todo —aconsejó Monk.

—No, no es eso...

Tracy inspiró profundamente. Los senos resaltaron, turgentes, poderosos. Dio otro paso y rozó con su hermoso pecho el hombre.

—Me gustaría agradecerte lo que has hecho por mí —susurró.

Del cuerpo de Tracy se desprendía un extraño calorillo, junto con un suave perfume, que Monk no pudo por menos de percibir. Volvió a mirarla y vio un extraño brillo en sus ojos y percibió su cálido aliento y vio también los labios húmedos, entreabiertos, invitadores.

Fue algo superior a sus fuerzas. De pronto, se encontró abrazándola apasionadamente. Las bocas entraron en contacto y las lenguas entablaron un ardiente combate. El cuerpo de Tracy se movió como el de una serpiente. Jadeó, suspiró, murmuró frases entrecortadas. Notó que el hombre le arrancaba las ropas a puñados, pero no protestó. Lo estaba deseando.

Enloquecidos de pasión, cayeron sobre la cama, prodigándose ardorosas frases, gritando en ocasiones, poseídos por una furia amorosa que les había invadido repentinamente, como una explosión de fuego en el que ardían muy gustosamente. Gruñían como animales en celo, olvidados de todo y de todos, concentrados solamente en dar y recibir placer.

Estuvieron largo rato, sumidos en la grata tarea. Luego, repentinamente desmadejados, cayeron a ambos lados de la cama y quedaron inmóviles unos minutos.

Tracy fue la primera en reaccionar. Incorporándose ligeramente,

se apoyó sobre un codo y miró sonriendo al joven.

—Bien. Muir, ¿qué te parece? —preguntó.

—¿No te imaginas mi respuesta? —dijo él.

—Bueno, yo no me refería estrictamente a lo que acaba de suceder.

—¿Entonces?

—Hace menos de dos meses que murió mi esposo, tu mejor amigo. Y yo, su viuda, estoy contigo en la cama. ¿Lo entiendes ahora?

—Tu pregunta puede tener dos vertientes. Tracy —dijo Monk.

—A ver, explícate, por favor.

—¿Puedo ser franco, brutalmente franco?

—Te lo ruego.

—Bien, entonces, te lo diré con toda crudeza. La primera vertiente es de carácter estrictamente físico. Eres joven, hermosa, ardiente y necesitas un hombre. Ya lo has tenido. La otra vertiente es: ¿pensabas en algo más que unos minutos de placer? Quiero decir, si tus perspectivas son sólo hacia el presente o a largo plazo, hacia el futuro.

Tracy sonrió ambiguamente.

—Las dos cosas pueden suceder, ¿no crees?

—Es posible, pero hay algo que deseo dejar sentado desde ahora. No siento el menor deseo de comprometerme. En absoluto. Tracy.

—Sí, ya sé que eres un tipo escurridizo. Pero ¿quieres que te diga una cosa a mi vez?

—Claro. Suéltala, encanto.

—En tu lugar, yo no me preocuparía del futuro.

—¿Y...?

Tracy se inclinó hacia adelante y los colgantes vértices de sus senos se pasearon por el rostro del hombre.

—Ahora sólo está el presente —dijo cálidamente—. No te preocupes siquiera de lo que pueda ocurrir dentro de diez minutos. ¡Ahora, ahora!

Tracy cayó furiosamente sobre el joven.

—Estamos en el presente. No mires más allá. Muir... —jadeó.

Monk empezó a dejarse llevar de nuevo por la pasión. Pero, súbitamente, el teléfono estalló en un desagradable repiqueteo y

tuvo que volver a la realidad.

—No contestes —rogó ella, mordisqueándole la oreja—. Deja que se vaya al diablo, quienquiera que sea...

—Aguarda un momento, por favor —pidió Monk—. Estoy a punto de recibir un informe, para asestar un nuevo golpe a ese rufián...

Descolgó el teléfono y se lo puso en la oreja.

—¿Quién es? —preguntó.

—Monk, soy Stubbins.

Atónito, el joven se sentó de golpe en la cama, con tanta violencia, que estuvo a punto de lanzar fuera a su hermosa acompañante.

—¡Stubbins! —exclamó.

—El mismo. Monk, quiero que venga a verme. Inmediatamente.

—El rey ordena y manda, ¿eh? —dijo el joven con cáustico acento.

—Bueno, el caso es que me ha derrotado y tengo los cien mil dólares preparados para entregárselos. Si quiere recuperar su dinero...

—¿Habla en serio, Frankie?

—Además, he pensado mucho y tengo que encargarle algo importantísimo. Pero no puedo decirle nada más por teléfono. Venga, se lo ruego.

Monk sonrió.

—Hombre, así está mejor. Una persona educada siempre consigue las cosas con más facilidad que otra que sólo recurre a la fuerza.

—Lo siento. También tengo mi orgullo, compéndalo.

—Oh, sí, sí, entendido. Muy bien, dentro de una hora me tendrá en su casa.

Colgó el teléfono y miró sonriendo a la bella mujer que tenía a su lado.

—Ven, encanto —dijo—. Vamos a celebrar la devolución del dinero que perdí tan estúpidamente.

—¿Te lo devuelve? —preguntó Tracy.

—Sí, muñeca.

Tracy volvió a lanzarse sobre el joven, con la furia de un naufrago hambriento. Y Monk se dejó «devorar» muy a gusto.

Hankins, el impasible mayordomo, le condujo a través del vestíbulo, hacia el despacho del dueño de la casa. Parry *el Frío*, y Orkoney *el Lobo*, estaban sentados en sendos butacones y le miraron rencorosamente. Todavía estaban escocidos por la ignominiosa derrota que habían sufrido a sus manos.

Monk sonrió para sí. Hankins se detuvo ante la puerta del despacho, tocó con los nudillos y luego abrió:

—Señor, el señor Monk —anunció solemnemente.

Stubbins se puso en pie. Monk cruzó el umbral, mientras Hankins cerraba a sus espaldas.

Había dos personas más en la estancia. Monk vio a la muchacha, hermosa como pocas, y al hombre alto, delgado y vestido como un maniquí, con una flor blanca en el ojal de su bien cortado traje. Conocía de vista a Constance, pero el hombre le resultaba completamente desconocido.

—Señor Monk, le presento a mi hija Constance —dijo Stubbins—. Creo que también le gustará conocer a su prometido, el barón Pierre Marie Jean Augustus Duval de la Vallaine.

La chica inclinó la cabeza.

—¿Cómo está, señor Monk?

Y Duval dijo:

—Celebro conocerle, señor.

—Gracias —contestó el joven.

—Siéntense, por favor —invitó Stubbins—. ¿Una copa, amigo mío?

—¿Desde cuándo soy su amigo? —rió Monk.

—Muir, permítame que le llame así, pelillos a la mar, como se dice vulgarmente. Usted y yo hemos tenido ciertas diferencias en el pasado, pero eso ya es historia. Debo admitir que la razón estaba de su parte.

—Le ha costado mucho llegar a esa conclusión, señor.

—Una vajilla entera de porcelana de Meissen, con las iniciales de mi prometido y mías —exclamó Constance rencorosamente.

—Lo sabía. Pero el golpe no iba dirigido a usted, señorita, sino a su... distinguido padre.

—Me gustaría poder desafiarle a un duelo —intervino el barón—. Lo que hizo usted, señor mío, es incalificable. Por eso no le desafío, porque no es un caballero...

—Basta, por favor —cortó el dueño de la casa—. Lo pasado, pasado está y no se hable más de ello. Muir, le debo algo. Aquí lo tiene.

Stubbins empujó un paquete a través de la mesa. Monk lo contempló fríamente.

—Contaré el dinero —anunció.

—Está en su derecho —repuso Stubbins sin inmutarse—. Sus cien mil dólares y... —añadió otro paquetito más pequeño—, diez mil más por el favor que le voy a pedir.

Monk arqueó las cejas.

—No soy un asesino profesional, se lo advierto de antemano —dijo con voz cortante.

—¡Mi padre no acostumbra a contratar asesinos profesionales! —gritó la muchacha.

—¡Cállate, Constance! —ordenó el dueño de la casa—. Ahora debemos preocuparnos de lo más importante. Tu vida está en peligro y el señor Monk se encargará de que no te suceda nada. —Miró al joven—. Por eso voy a pagarle diez mil dólares, muchacho.

—Señor —intervino Duval—, si me lo permitiera, creo que yo soy el hombre más adecuado...

—Barón, no es que dude de su valor, pero usted conoce poco el país y podría fracasar donde el señor Monk, sin duda, conseguirá un éxito total.

—Pero, bueno, ¿es que no me van a explicar lo que sucede? —Se irritó el joven.

—Sí, desde luego —contestó Stubbins—. Constance ha sido amenazada de muerte y yo quiero que la tenga escondida durante algún tiempo, mientras mis hombres se preocupan de buscar al autor de la amenaza.

Monk abrió la boca, estupefacto. Era la proposición más asombrosa que hubiera podido imaginarse al ser llamado a la casa de su enemigo.

—Usted quiere que yo haga eso...

—Sí, lo quiero y sé que nadie más podría conseguirlo, sin el menor riesgo para la vida de Constance —aseguró Stubbins enfáticamente.

CAPÍTULO III

El coche se paró junto a la acera, aunque su conductor no desconectó el motor. Casi en el acto, un individuo, alto, vestido con ropas oscuras y con gafas de color, llegó junto al automóvil, entró y se sentó junto al otro individuo.

El vehículo arrancó de inmediato.

—¿Y bien? —dijo el de los lentes de color.

Ripp Hallum se concentró en el tráfico antes de dar su respuesta:

—Sé que lo has hecho, Larry. Conmigo no valen excusas. Espero que entiendas lo que te he dicho.

—Sí, lo entiendo.

—Puedo «chivarme», pero no lo haré. Ahora bien, tienes que comprender que mi silencio vale algo.

—¿Cuánto Ripp?

—Diez de los grandes. No es mucho, ¿verdad? Sobre todo, si pensamos en el pastel en que has metido las manos.

—Por ahora, sólo está a la vista.

—Pero al alcance de tu cuchillo y tu tenedor. Vamos, Larry Agedden, no seas tacaño. Comprendo que liquidaras a Bent y hasta lo encuentro lógico, pero tienes que comprender que todos tenemos derecho a la vida.

—Es lógico —sonrió el de los lentes oscuros—. ¿Diez mil he oído?

—Sí, ni un centavo menos.

—Ripp, imagino que habrás sido discreto. Porque si has hablado o comentado con alguien este asunto, ese alguien podría sentir la tentación de presionarme también. En ese caso, no podría soportar... la sangría. ¿Lo entiendes tú ahora?

—Oh, claro. Pero descuida; soy un tipo muy discreto para los negocios. No he dicho una sola palabra a nadie. Larry.

—Muy bien. Ripp, si doblas por ahí, llegaremos antes a mi casa.

—De acuerdo.

Hallum frenó ligeramente y viró en la esquina señalada, adentrándose en una calle casi desierta y sin apenas tráfico. Cuando llegaban a la salida, Agedden le hizo una advertencia:

—Cuidado con la señal de *Stop*. Los coches pasan muy rápidos por la otra calle y, como te descuides un poco, te la pegan.

—Sí, desde luego.

Hallum frenó. Apenas se había detenido el coche, sintió un agudísimo pinchazo en el costado derecho.

La mano izquierda de Agedden le tapó la boca. El pinchazo se repitió dos veces más. Hallum dio otros tantos saltos. Luego se relajó en su asiento.

Tranquilamente, Agedden apagó las luces del coche, abrió la portezuela y se apeó. Vio una chispita rojiza en el costado derecho de su víctima y la apagó de un manotazo.

—He disparado demasiado cerca —murmuró.

La pistola ya no estaba a la vista. Agedden no se preocupó por sus huellas; tenía puestos los guantes negros. Cerró la portezuela y, silbando alegremente, aunque en tonos muy bajos, caminó hacia la salida de la calle. Dobló la esquina y se perdió entre la gente que todavía abundaba en aquella acera.

Estaba a unos cien metros, cuando oyó los primeros gritos. Ya habían encontrado el cadáver de Hallum.

Pero no encontrarían a su matador, pensó, satisfecho.

Constance subió rápidamente los escalones del porche, abrió la puerta de la cabaña y encendió las luces.

—Traiga el equipaje. Muir —ordenó.

—¡Sí, «*madame*»! —contestó Monk burlonamente.

Cargado con dos gigantescas maletas, un neceser, un maletín y una sombrerera, avanzó hacia la casa. Silbó al ver el interior.

—Vaya barraca —comentó, a la vez que dejaba las maletas en el suelo.

Constance estaba quitándose los guantes.

—Encienda el fuego. Vaya luego a la cocina y prepare algo de comer. Voy a retocarme un poco —dijo.

—Espere. Creo que, al menos, tengo derecho a entrar mis cosas.

—Sí, pero dese prisa. Tengo frío y siento apetito.

Taconeando vivamente, la muchacha se dirigió hacia el cuarto

de baño. Monk empezó a pensar que iba a tener que cuidar de una niña mimada, mal criada y voluntariosa, a la que no habían negado jamás ningún capricho. Aunque, se dijo, por diez mil dólares, bien valía la pena padecer un poco durante algunos días.

Su equipaje consistía en un maletín que contenía poco más que el pijama, los trastos de afeitarse y el cepillo de dientes. Lo dejó también junto a la entrada y luego se aplicó a la tarea de encender el fuego en la enorme chimenea de piedra.

Cuando vio las primeras llamas, fue a la cocina. El frigorífico, enorme, estaba repleto de comida. Media hora más tarde, salía con una bandeja en las manos.

—La señora está servida —anunció burlonamente.

Constance leía junto al fuego, se levantó y fue a la mesa. Monk se disponía a sentarse cuando ella, de pronto, levantó una mano:

—Muir, nunca me siento a la mesa con los sirvientes —dijo.

Monk se quedó parado un instante. Luego hizo una profunda inclinación.

—Ruego a la señora me disculpe —contestó—. Sin duda, querrá que le prepare la cama a continuación. ¿Puedo saber qué usa la señora? ¿Pijama o camisón? ¿La señora está en sus días críticos? Le prepararé también las compresas...

Constance le arrojó el tenedor. Monk lo esquivó de milagro.

—Estoy haciendo de doncella suya —dijo sonriendo—. ¿De qué se queja, pues?

—Salga de aquí —vociferó ella—. Salga, deslenguado...

Monk meneó la cabeza.

—Digna hija de su padre —calificó.

—Me gustaría darle... —Constance apretó los labios—. Pero prefiero callar, es mejor.

—Sí, el silencio es oro, dicen —comentó él irónicamente.

Constance siguió cenando. Al terminar, se levantó y volvió junto al fuego.

—Señora, ¿puedo cenar? —preguntó Monk, con fingida respetuosidad.

—Puede reventar. Me gustaría mucho.

—Lo siento, pero no puedo concederle ese gusto. Con su permiso.

Monk cenó rápidamente. Luego puso todos los cacharros en el

lavavajillas. Al terminar, regresó a la sala, sacó algo de su maletín, lo puso sobre la mesa y se sentó a continuación. Constance levantó la vista del libro que leía.

—¿Qué va a hacer? —preguntó.

—Su padre me debía cien mil dólares. Todavía no los he contado —respondió él.

—¿Cree que le ha dado menos dinero?

—Del señor Stubbins podría creerme cualquier cosa. Aunque, si he de serle sincero, nunca me imaginé tuviese una hija tan antipática, egoísta y mal educada como usted.

—Soy como soy y eso no le importa a usted en absoluto.

Monk se echó a reír.

—Compadezco al barón —dijo.

—¡Deje a mi prometido en paz! Es todo un caballero, cosa que no se puede decir de usted —protestó la muchacha.

El joven meneó la cabeza. «Será mejor callar», se dijo. No tenía ganas de continuar la discusión con una muchacha que rebosaba hostilidad y antipatía por todos los poros de su cuerpo. «Un bonito cuerpo, todo hay que decirlo», pensó.

La suma adeudada estaba correcta. Monk volvió a atar el paquete. Luego encendió un cigarrillo. Entonces se fijó en algo que había sobre la chimenea.

Con el pitillo colgando de la boca, se acercó a la chimenea y cogió una de las dos espadas que había allí como adorno, junto con otras armas antiguas.

—Las espadas son de Toledo. Mi padre las compró cuando estuvo en España hace tres años —dijo Constance.

Monk curvó la hoja.

—Buen acero. El mejor —sonrió.

Agitó la espada en determinada postura y ella le miró asombrada.

—Diría que conoce la esgrima —exclamó.

—Me gustaba en tiempos. Pero, por desgracia, no es un deporte muy popular en la Universidad. Si quería practicar, tenía que ir a la academia de esgrima del maestro Bassompierre, en San Francisco. Bassompierre decía que, de haber vivido yo en otros tiempos, habría derrotado fácilmente a D'Artagnan y a los tres mosqueteros juntos. Son aficiones que tiene uno, como otros gustan del golf o

de...

Monk se interrumpió súbitamente. Fuera de la cabaña habían rechinado los frenos de un par de automóviles.

Extrañado, colgó de nuevo la espada y se dispuso a averiguar quién llegaba a tales horas de la noche. Antes de que pudiera dar cuatro pasos, la puerta se abrió violentamente y varios policías de uniforme, capitaneados por un paisano, irrumpieron violentamente en el interior.

—¡Quieto! ¡No se mueva o es hombre muerto! ¡Levante las manos inmediatamente! —gritó el hombre de paisano.

Monk, estupefacto, obedeció en el acto. Pero su asombro subió de punto cuando Constance, súbitamente, corrió hacia los policías, gritando desesperadamente:

—¡Sálvenme de este sádico! Me ha secuestrado y me ha sometido a las peores indignidades... Por lo que más quieran, sálvenme...

Dos agentes se arrojaron de inmediato contra el joven y le sujetaron por los brazos. Otros dos se situaron a ambos lados de Constance, pero en actitud protectora.

El hombre de paisano, bajo, fornido, con el pelo rojizo tan espeso y duro como el de un cepillo de fregar los suelos, se acercó a Monk y le enseñó una placa.

—Soy el teniente Keenan, de la Jefatura de Policía. Muir Monk, le detengo acusado del secuestro de la señorita Stubbins. Sargento Dovak, léale sus derechos —dijo solemnemente.

—¡Añada al delito de secuestro el de violación! —chilló la muchacha.

Keenan respingó.

—¿Cómo? ¿Ese hombre se ha atrevido a...?

—Sí, teniente; ha abusado de mí canallescamente, sometiéndome a la peor de las vejaciones que puede sufrir una mujer decente —gritó Constance—. Después de secuestrarme, me trajo aquí y...

—¡Llévenselo! —vociferó Keenan.

—¡Un momento! —rugió Monk, que se daba cuenta de la trampa en que le habían metido los Stubbins—. Teniente, acaba de decir que tengo ciertos derechos.

—Es cierto. Sargento...

Dovak recitó rápidamente unas cuantas frases. Keenan hizo un gesto con la mano.

—Esto se ha acabado ya —dijo—. Vámonos...

—Todavía no, teniente —cortó Monk—. Creo que tengo derecho a una explicación.

Keenan se acercó a la mesa, cogió el paquete y examinó rápidamente su contenido. Luego lo blandió en dirección al joven.

—¿Quiere más explicaciones? Incluso le habían entregado ya el rescate, pero usted no ha devuelto a su víctima —dijo.

—¿Víctima? —Monk se echó a reír—. Oiga, teniente, ¿cómo han llegado hasta aquí?

—Nos avisó el padre de la señorita. Dijo que éste era uno de los sitios en que quizá podríamos encontrarlos. Y así ha sido, en efecto.

Bien, teniente, no me cabe la menor duda del aviso del señor Stubbins. Pero le ruego contemple el equipaje de esa muchacha. ¿Usted cree posible que un secuestrador se lleve a una joven con tantas maletas como si se dispusiera a cruzar el Atlántico en viaje de turismo?

Keenan frunció el ceño. Monk prosiguió:

—Y... ¿dónde está el desorden que se habría producido inevitablemente, en caso de haber actuado con violencia contra ella? ¿Quiere hacer que revisen la casa y que vean si hay solamente un vaso roto? ¿Ve arañazos en su cara o desgarros en sus ropas? ¿Cree que un secuestrador viaja también con un maletín con objetos de aseo, como lo he hecho yo?

El policía pareció desconcertado.

—Esto me huele muy raro —gruñó.

—Y tanto. Como que se trata de la mentira más gigantesca que ha oído usted en los días de su vida —dijo Monk—. Oiga, ¿tiene radio en su coche?

—Sí, claro...

—Llame inmediatamente al forense. Esa loca me ha acusado de haberla violado. Si eso es cierto, el forense encontrará rastros suficientes en su cuerpo, para corroborar sus acusaciones. Ah, y pida también una matrona de la policía; quiero que examinen sus bragas, que, lógicamente, deberían estar desgarradas. Vamos, hombre, no se quede ahí parado; usted es un policía y su deber es colaborar en el esclarecimiento de los hechos delictivos.

Keenan asintió.

—Está bien. Dovak, llame al forense y pida una matrona —ordenó.

—¡Esperen! —chilló Constance—. No, no es necesario... Retiro las acusaciones... No me ha secuestrado. Vine aquí por propia voluntad... El dinero es suyo y le pertenece... Déjenle marchar libre. Todo lo que dije es mentira, teniente. Se lo juro.

Hubo un instante de silencio. Luego. Keenan se rascó la oreja pensativamente.

—Me parece que hay personas que creen pueden hacer lo que les dé la gana, sólo porque tienen mucho dinero —dijo—. Su padre, señorita Stubbins, tendrá que dar muchas explicaciones al jefe, créame.

—Lo hará, teniente, se lo prometo —dijo ella, encarnada hasta las orejas.

—Ah, pero esto no va a quedar así —exclamó Monk.

—¿Qué? ¿Le dejamos marchar libre y todavía se queja? —tronó el policía.

—¡Claro que me quejo! —dijo Monk, gritando más todavía—. Esa señorita ha atentado contra mi honorabilidad, al acusarme de un delito gravísimo. Usted oyó decirle que yo la había violado, ¿no es cierto?

—Sí, desde luego.

—Y también lo oyeron todos ustedes. —El joven se dirigió a los demás policías y recibió otras tantas respuestas afirmativas—. Está bien, en tal caso, les reclamaré como testigos en la demanda que voy a presentar contra Constance Stubbins, por difamación. El juez fijará la indemnización adecuada y no será pequeña, créanme.

Agarró el paquete con el dinero, que lanzó al interior de su maletín, y se dirigió hacia la puerta.

—El coche que hay fuera es mío —dijo—. Si ella quiere volver a su casa, que vaya en el suyo, teniente.

La cabaña retembló con el portazo que dio al salir. Era una lástima, se dijo, que Stubbins no estuviera allí. Le habría dado un buen puñetazo en la nariz.

CAPÍTULO IV

Estaba jugando un solitario y tenía las manos enguantadas. La habitación estaba alumbrada solamente por una bombilla, que pendía del techo y protegida por una pantalla de cono ancho. La mesa, dos sillas y un viejo sofá eran todo el mobiliario que había en la estancia.

Alguien tocó con los nudillos en la puerta. Larry Agedden dio permiso y un hombre entró.

—Hola —dijo.

—¿Lo traes. Genny?

—Sí.

Genny Croft avanzó un par de pasos y miró recelosamente al sujeto que tenía frente a sí.

—Hay algo que no entiendo —dijo—. Me ordenaste alquilar esta habitación, pero ¿qué relación tiene con lo que me habías encomendado?

—Eso no debe preocuparte, Genny. ¿Tienes eso?

—Te he dicho que sí. Pero tú no me has enseñado aún el dinero.

Agedden abrió el cajón central de la mesa y sacó un fajo de billetes, que volvió a guardar de inmediato.

—Enséñame tú los papeles —pidió.

Croft sacó un fajo de documentos del interior de su chaqueta y los desplegó sucesivamente ante los ojos de su interlocutor. Agedden no se molestó por aquella muestra de desconfianza.

—Muy bien. Una cosa. Genny. ¿Han quedado copias?

—Ni una sola.

—Entonces ya no hay constancia de nada en los registros.

—Como si no hubieras existido jamás —rió el otro.

—Entonces, ¿hacemos el cambio?

—Muy bien.

Agedden volvió a abrir el cajón, ahora con la mano izquierda, y

sacó el dinero, que alargó hacia Croft.

—Deja ahí los documentos, Genny.

Los papeles cayeron sobre la mesa. Cuando Croft tocaba ya el fajo de billetes, vio una pistola en la mano derecha de Agedden.

—¡Maldito traid...!

La bala le entró por debajo de la barbilla y salió por el cogote, llevándose unos cuantos trozos de hueso. Croft no pudo terminar su frase. Poniéndose de puntillas, giró sobre sí mismo y luego se desplomó de bruces al suelo.

Agedden se puso en pie. Con espantosa sangre fría, recobró el dinero, guardó los documentos y volvió el arma a la funda que tenía en el sobaco. Luego se dirigió hacia la puerta.

No se preocupó por las huellas dactilares. En ningún momento se había quitado los guantes negros.

Apagó la luz y salió. Tardarían algunos días en descubrir el cadáver de Croft.

—Cuando empiece a oler mal —rió para sí.

Nadie le relacionaría con aquella hedionda habitación. Y los papeles que había conseguido le garantizaban un cambio definitivo de personalidad.

Aunque estaba vivo, Larry Agedden podía considerarse tan muerto como Cheely, Hallum y Croft.

Completamente desnuda, con el pelo suelto. Tracy Weldon corrió de un lado para otro.

—Sí quieres el dinero, ven a quitármelo —gritó alegremente.

Monk frunció el ceño. Después de su tropezón con los Stubbins, empezaba a darse cuenta de que las cosas se estropeaban más de lo debido. Ya se había encontrado con Tracy en un par de ocasiones. Ella le había prometido una recompensa monetaria, aunque él la había rechazado siempre. Pero aquel día, al regresar a su casa, se la había encontrado en el dormitorio, sin una sola prenda de ropa sobre su cuerpo de sensuales contornos.

Monk se había dejado llevar por la pasión en el primer momento. Luego habían tomado unas copas juntos. A continuación, ella había vuelto a mencionar la recompensa y hasta enseñó un buen puñado de billetes. Pero, de pronto, echó a correr desnuda y le desafió a que le quitase el dinero.

Ella se paró, al ver que Monk no la seguía.

—¿Qué? ¿No quieres la «pasta»?

Tenía las manos en las caderas y sacaba el pecho ostentosamente, orgullosa de su figura y segura de sus encantos. Era fácil ver lo que buscaba aquella hermosa mujer.

Kit Weldon podía haber sido el mejor de sus amigos, pero Tracy no era precisamente la mejor de las esposas. «O de las viudas, es más correcto», pensó lúgubrementemente. Ella lo había olvidado demasiado pronto. Quizá no lo había querido tanto como aseguraba cuando él vivía.

O podía ser que la naturaleza se impusiera a los sentimientos. Tracy, saltaba a la vista, era muy ardiente y tenía unas ansias locas de vivir.

Vaciló un momento. Si no cortaba aquella relación, se dijo, acabaría siendo un pelele en manos de aquella mujer. Y era una perspectiva que no le agradaba en absoluto.

El timbre del teléfono le arrancó bruscamente a sus poco agradables meditaciones. Estirándose sobre la cama, alargó la mano y asió el aparato.

—Monk —dijo.

—Soy Stubbins. ¿Puede venir a mi casa? Se lo ruego, es urgente.

El joven respingó. No sólo la llamada en sí era algo sorprendente, sino el tono del hombre. Stubbins jamás rogaba; siempre ordenaba.

—Bueno, esto me hace pensar que estoy oyendo voces dentro de mi cerebro —dijo cáusticamente—. Jamás creí que se dignase hablar otra vez conmigo...

—Monk, repito: deseo que venga a verme. Estoy en un serio compromiso. Y no me diga que yo tengo la culpa ni mencione mis negocios. Esto es algo... Maldición, se lo estoy rogando. ¿Quiere que me ponga de rodillas?

—¿Conque algo serio?, ¿eh?

—Sí. Pero no puedo hablar por teléfono. Venga a mi casa, se lo suplico. Ah, y para su tranquilidad. Parry y Orkoney han sido despedidos.

—La cosa es más grave de lo que parece. Pero no me gusta ahondar en ciertas heridas y, bien mirado, tampoco soy demasiado rencoroso.

—Lo sé. Pudo haberme demandado y me habría costado un

montón de miles. Pero no lo hizo. ¿Por qué?

—Por dignidad propia, estúpido.

—No entiendo...

—Una mujer violada siempre queda bien como víctima. Pero un hombre que no ha conseguido... Ejem, ejem... En el juzgado habrían podido pensar de mí que soy... otra cosa...

Stubbins maldijo entre dientes.

—Todos cometemos errores —se disculpó.

—Muy bien, iré enseñada.

Monk colgó el teléfono y empezó a vestirse. Tracy protestó:

—¡Eh, que estoy aquí!

—Lo siento, nena. Tengo que salir urgentemente.

—Oye, ¿de qué violación estabas hablando? ¿Quién era la pájara?

—No te preocupes, no la conoces.

—Entonces, ¿me quedo sola?

—Si quieres, puedes dormir en mi cama. Y si no, vuélvete a casita, porque no sé cuándo regresaré.

Monk terminó de vestirse y se dirigió hacia la puerta. Tracy, desconcertada, seguía todavía desnuda.

«¿Cuánto le durarán esos cien mil dólares?», se preguntó Monk mientras abría la puerta.

—Muir, te dejaré el dinero...

—¡No lo quiero! —contestó él.

Y cerró de un portazo.

El coñac era de una de las mejores marcas. Monk calentó la copa, enorme, con ambas manos, mientras Stubbins se paseaba arriba y abajo por el espacioso despacho, con paredes revestidas de madera de roble, las manos a la espalda y un cigarro entre los dientes.

—No sé cómo empezar —dijo, después de un largo silencio—. Al cabo de una vida de lucha continua y de desafío incesante con los competidores, me siento casi avergonzado, como un chiquillo...

Bruscamente, se volvió hacia el joven.

—Usted es abogado, consejero de inversiones y, cuando resulta necesario, investigador privado —añadió abruptamente.

—Tengo licencia para todo lo que ha dicho usted —contestó Monk—. A veces, se me presenta algún caso difícil y prefiero dirigir

personalmente la investigación. Aunque, como es lógico, empleo colaboradores que realizan las tareas más fastidiosas.

—Sí, éstos son los informes que tengo de usted. Y así se comprende que me jugara tantas malas pasadas con el asunto aquel de los cien mil dólares.

—En este caso, fracasé como consejero de inversiones. No tuve más remedio que recurrir a ciertos procedimientos poco éticos, para recobrar un dinero que, dicho sea de paso, no era mío, sino de una cliente. Pero, como dijo usted en cierta ocasión, pelillos a la mar. Incluyendo la demanda por difamación.

—No lo supimos hacer bien —rezongó Stubbins—. Me precipité demasiado y... Hablemos del otro asunto. De un caso que puede costarme nada menos que un millón de dólares.

Monk lanzó un silbido.

—Usted es rico, pero padecería mucho si tuviese que pagar esa cifra. ¿Por qué?

—Por un chantaje.

Monk saltó en su asiento.

—¡Es la primera vez que oigo hablar de un chantaje de un millón de dólares! —exclamó.

—Pues es cierto, y no tengo por qué mentirle. Escuche con atención, porque en el asunto está involucrada mi hija Constance y no quiero que ella sufra en lo más mínimo. ¿Entendido?

—Esa chiflada ha hecho algo malo, ¿no?

—En absoluto. Usted sabe que se va a casar con el barón Duval.

—Un petimetre —calificó Monk irónicamente.

—Lo admito. Pero ella lo quiere. Está locamente enamorada de él, sin mencionar el título nobiliario que adquirirá por el matrimonio. Si las relaciones se rompiesen. Constance sufriría un golpe terrible, créame. Sería capaz de cualquier cosa, incluso de suicidarse.

—Vamos, vamos. Frankie, no sea exagerado...

—Le juro que hablo en serio. Constance está loca por el barón. Pero este procede de una familia muy estricta. Oh, en otros tiempos, ni siquiera se habría hablado de boda, pero ahora estamos en otra época y los Duval han claudicado un tanto. Sin embargo, podrían rechazar a Constance y negar el permiso para el matrimonio, si conociesen la verdad. En su día. Pierre heredará los títulos de su

madre, la condesa Madeleine. Amén de un par de castillos en el Loira...

Stubbins se pasó una mano por la frente.

—No doy el dinero por el gusto de llamarme suegro de un noble, sino por la felicidad de mi hija. Resulta que su madre y yo no nos casamos nunca. Alguien lo ha sabido, al cabo de veintitrés años, y amenaza con revelarlo, a menos que le pague un millón de dólares.

—Entonces. Constance es...

—Antiguamente se decía una bastarda.

—Hija natural es lo correcto.

—Hoy no tiene importancia, salvo para la familia Duval. La condesa llegará dentro de dos semanas. O pago el chantaje o se romperá el compromiso. ¿Lo entiende ahora?

—Está claro. Debo buscar al chantajista y, ¿qué hago con él?

—Dice que sabe dónde vive la madre de Constance, cosa que yo ignoro. Aunque no fuese más que por mi hija, yo me casaría con la madre y el problema quedaría así solucionado.

—Es decir, usted piensa que soy el hombre indicado...

—¿Le parecen bien cien mil dólares de recompensa por el trabajo?

Hubo un momento de silencio. Luego, Monk señaló la mesa.

—Escríbalos —ordenó—. No me gustan las palabras que puede llevarse el viento.

—Tiene razón en desconfiar de mí —se resignó Stubbins—. Ah, y una cosa. Ella no debe saberlo; cree que su madre está muerta.

—¡Vaya un drama! —se burló Monk—. Si viviera Verdi le pondría música y tendríamos un nuevo *Trovador*.

—No es cosa de broma. Y no me gustó separarme de la madre de Constance, pero era inaguantable. Tenía un genio infernal y llegué a pensar que podría perjudicar a la criatura. Ella tenía entonces dos años, ¿comprende?

—¿No hizo la madre nada por rescatar a la niña?

—Al contrario, creo que se sintió muy aliviada al verse libre de semejante responsabilidad. Y no nos hemos vuelto a ver desde entonces, ni hemos sabido nada el uno del otro. Sinceramente, espero que la situación continúe así.

—De acuerdo, haré lo que pueda. Ha dicho dos semanas, ¿verdad?

—En efecto. Llegará la condesa y... Se lo dirían a ella directamente y se produciría la catástrofe.

—Pobre Constance. Sin novio, sin título nobiliario...

En aquel momento, se oyeron voces en el vestíbulo.

—Es ella —dijo Stubbins apresuradamente.

La puerta del despacho se abrió de golpe.

—Papá... Oh, dispensa: no sabía que estuvieras ocupado —exclamó Constance.

Detrás de ella se veía al barón. Constance reconoció al visitante y se puso encarnada.

—Papá, ¿qué hace este hombre aquí? —dijo hirientemente.

—Monk se iba ya, hija. Hemos hecho las paces, querida —contestó Stubbins, a la vez que se ponía en pie—. Incluso es probable que trabaje para mí como consejero de inversiones, pero lo discutiremos más adelante, ¿no es eso, señor Monk?

—En efecto, señor Stubbins —dijo el joven, impasible—. Su propuesta es muy digna de tener en consideración y la estudiaré con todo detenimiento.

—Llámemme en cuanto haya tomado una decisión.

—Lo haré, descuide.

Monk echó a andar hacia la puerta. Constance fue a decir algo, pero se mordió los labios y se apartó a un lado para dejarle pasar. El joven hizo una ligera inclinación de cabeza.

—Señorita Constance... Barón... —saludó, frío y correcto.

Duval contestó con un gesto similar. Ella desvió la mirada.

Monk regresó a su coche. Realmente, había motivos para que Constance se enamorase del barón. Un hombre de menos de cuarenta años, sumamente distinguido, con un título nobiliario en la actualidad y varios más en perspectiva: dueño de una gran fortuna y con toda seguridad, muy conocido en el gran mundo, era lo más adecuado para una rica heredera americana.

Y, además, el barón era muy apuesto.

—Lo tiene todo —murmuró, mientras hacía arrancar el coche.

CAPÍTULO V

Burt Cabe era uno de sus mejores colaboradores y en veinticuatro horas averiguó algunos detalles interesantes.

—El barón reside en un edificio de apartamentos, el Diamond, y tiene el ático para él solo —informó Cabe—. Viste ropas caras y tiene un Porsche y un Mercedes. Contrariamente a lo que se podría pensar, no tiene ayuda de cámara: sólo una mujer que va a hacer la limpieza todos los días, un par de horas. Generalmente, sólo desayuna en casa; hace fuera el resto de las comidas. Su comportamiento es muy mesurado: no se le conocen escándalos ni anda detrás de las alegres coristas, una vez se ha separado de su prometida. Yo diría que sólo vive para ella, y se comprende, porque la chica es un portento de belleza.

—Y con el mal genio de su madre —rezongó Monk.

—¿Cómo?

—No, no te preocupes, Burt. ¿Has podido averiguar si tiene otras relaciones en la ciudad?

—Aún es pronto, pero, por el momento, no lo parece. Desde luego, nunca ha recibido visitas femeninas en el apartamento. Cuando llega, lo hace solo y nunca tiene compañía para pasar la noche.

—¿Seguro que es francés?

—He estado comprobando en la División de Pasaportes. Llegó hace cinco meses, procedente de París, con visado de turista, que ha prorrogado por el tiempo máximo permitido, o sea seis meses. Otra cosa: es socio del Iron Knights Club y suele acudir regularmente un par de veces a la semana, para jugar un par de asaltos de esgrima.

—Caramba —se asombró Monk—. Ese club es muy exclusivo. No admiten a cualquiera...

—El barón fue admitido sin apenas trámites. Es muy considerado y aunque no ha hecho amistades profundas, tiene una

gran reputación entre los miembros de la sociedad. Ya no sé qué más decirte. Muir.

Monk se acarició la mandíbula pensativamente.

—Es un título legítimo y, en efecto, tiene las posesiones que me citó Stubbins —dijo—. El padre de la chica no es tonto y encargó investigar a una agencia de París: Los informes resultaron irreprochables.

—Entonces sospecha de él.

—Burt, si estuvieras en las mismas condiciones que Stubbins. ¿No sospecharías también? No es un hombre nacido aquí, al que puedas investigar incluso por ti mismo. En un caso como el que nos ocupa, conviene estar seguro de que el pretendiente ha dicho la verdad.

—Pero tú sí sospechas del barón. Muir.

—Ahora ya no. Sin embargo, lo que me interesa es saber con quién o quiénes se reúnen o se reunían. Quizá entre ellos esté el chantajista.

—Va a ser muy difícil encontrarle —vaticinó Cabe.

—Tenemos que hacerlo. Para eso nos pagan. Y muy bien por cierto —sonrió Monk.

Cabe levantó el índice.

—Se me ocurre una idea —dijo de pronto.

—Soy todo oídos, Burt.

—¿Y si el chantajista fuese la propia madre de la chica? Cuando ella nació. Stubbins no era más que un tipo emprendedor, pero con los bolsillos poco menos que vacíos. Ahora es una potencia económica y la madre podría pensar que un millón de dólares es una recompensa muy adecuada al trabajo de echar una hija al mundo.

—Podría ser —admitió el joven—. En todo caso, la madre, si no se ha casado y cambiado el apellido, lógicamente, se llama Charity Evans y residió en La Mía. Investiga en esa dirección.

Cabe asintió y se marchó. Monk encendió un cigarrillo, sintiéndose muy fastidiado.

Era un caso que no le había gustado desde el principio y aún no sabía por qué lo había aceptado. Y lo peor de todo era que, prácticamente, no sabía por dónde empezar ni tenía la menor pista que pudiera conducirle a un resultado satisfactorio.

El chantajista no había escrito ninguna nota, limitándose a entrar en contacto con Stubbins por medio del teléfono. Stubbins ni siquiera sabía si era hombre o mujer, ya que el chantajista había disfrazado la voz. Se había limitado, simplemente, a hacer el anuncio, solicitar el millón de dólares y despedirse, tras hacer la promesa de que volvería a llamar para acordar la entrega del dinero.

—No es mucho —suspiró, a la vez que abandonaba el despacho, para visitar a un conocido suyo, que sabía mucho de chantajistas. Era el sargento Salters, de la policía, y conocía, podía decirse, a todos los que se dedicaban a tan lucrativa profesión.

A Monk le gustaban los coches llamativos y tenía un descapotable de color rojo. Cuando se acercaba al coche, vio a una mujer sentada en el asiento delantero.

Llevaba gafas oscuras, un pañuelo anudado bajo la barbilla y guantes cortos de hilo, para cubrir las manos en que remataban unos preciosos brazos desnudos. El vestido era estampado, en azul muy claro, con grandes margaritas como dibujo base. Sólo la espalda aparecía parcialmente descubierta: por delante, no había escote y la tela llegaba justo a la esbelta garganta.

Monk la reconoció en el acto.

—¿Le gusta mi coche? —preguntó, a la vez que ocupaba su puesto tras el volante—. ¿O piensa armar un escándalo cuando pasemos delante de un coche de patrulla?

—Ni lo uno ni lo otro. Quiero hablar con usted —respondió Constance.

Monk pisó el pedal de gas.

—¿Tiene permiso de su novio?

—No sea corrosivo. Por supuesto, ignora que estoy con usted, pero no necesitaría pedirle permiso para estar a su lado unos minutos.

—Lo cual quiere decir que necesita hablar conmigo.

—Sí.

—Muy bien, empiece.

—Sospecho de usted. Muir.

—Oh, oh, me llama por mi nombre y todo... ¿A qué se debe semejante condescendencia, sospechas aparte?

—¡Déjese de estupideces! —dijo ella, furiosa—. ¿Por qué fue a

visitar a mi padre? ¿De qué hablaron? Quiero saberlo, ¿me oye?

—Lo siento, pero es un asunto confidencial. Cuando trato de negocios con una persona, no discuto el tema con los extraños.

—Yo soy la hija de Stubbins...

—Para mí, en este caso, es una extraña. Vuelva a casa y pregúntele a papáito. ¿Eh?

Constance apretó los labios.

—Creo que lo sé —dijo—. A papá no le ha gustado nunca mi compromiso con Pierre.

—Está en su derecho.

—¡Pero yo amo a Pierre y quiero casarme con él!

—También usted está en su derecho.

—Papá cree que Pierre es un impostor...

—Lo creyó. Ahora está convencido de que su título y sus posesiones son genuinos. Y yo también, se lo digo para su propia tranquilidad.

—Ah, ha investigado sobre mi prometido.

—Señorita Stubbins...

—Me llamo Constance.

—Muy bien, Constance. Mire, nos estamos acercando a un semáforo y se va a poner en rojo. Me arrimaré a la acera y le desembarcaré, ¿ha comprendido?

Ella cruzó los brazos bajo los senos, firmes y juveniles.

—¿Qué pasaría si no quisiera marcharme?

—Entonces presionaría un botón secreto y el asiento que ocupa saldría eyectado, como el de los aviones de combate, cuando el piloto se halla en apuros —dijo él sin pestañear.

Giró ligeramente el volante y empezó a pisar el freno. Constance abrió la boca para decir algo, pero pareció pensárselo mejor y guardó silencio.

El coche se detuvo. De pronto, ella se echó a reír.

—Me alegro —dijo—. Le han puesto una multa por estacionamiento en zona prohibida.

Asombrado. Monk miró el papel sujeto por una de las raquetas del limpiaparabrisas, en el que no se había fijado hasta el momento. Cuando la muchacha se apeaba, exclamó:

—¡Eso no puede ser! ¡Dónde yo estaba, no hay prohibición de estacionamiento!

Constance, ya en la acera, se inclinó un poco, separó el papel y se lo entregó.

—Oiga, es cierto; no parece una notificación de multa.

Monk tomó el papel y lo desdobló. Ella, muy intrigada, volvió a sentarse a su lado.

Había un mensaje en el papel, escrito con rotulador y gruesos trazos que imitaban las mayúsculas:

«Olvídese del trabajo que le ha encomendado
Stubbins o lo pasará muy mal».

—¡Luego es cierto! —exclamó Constance.

Sin inmutarse. Monk volvió a doblar el papel y lo guardó en el bolsillo.

—El asiento sigue siendo eyectable —dijo.

Ella se apeó por segunda vez y, despechada, cerró de un portazo.

—¡Acabaré por enterarme! —aseguró.

—Pero no por mí, puede tener la seguridad de ello —respondió el joven, a la vez que pisaba el acelerador.

El sargento Salters vino con dos vasos de papel, llenos de café humeante y entregó uno a su visitante.

—Están ocurriendo cosas raras en la ciudad —dijo. Ya había escuchado a Monk y sabía lo que pretendía el joven—. Y quizá, aunque también puede que no, eso tenga relación con tu caso.

—¿Qué es lo que ha sucedido, Hud? —preguntó Monk.

—Hemos encontrado, en días distintos, tres cadáveres, correspondientes a otros tantos tipos, de reputación poco agradable, que solían dedicarse al productivo negocio del chantaje. Todos ellos han sido asesinados a balazos y curiosamente, por la misma persona. O, para expresarlo más correctamente, por la misma pistola.

—Eso parece apuntar a un común asesino de los tres.

—Sí, pero con un chantaje de por medio. E importante, por supuesto.

—¿Tenéis alguna pista?

—Nada en absoluto, ni siquiera una huella dactilar. El asesino, es indudable, ha obrado con singular inteligencia en todo momento. Nadie le ha visto, nadie sabe cómo es, ni siquiera aproximadamente

y se supone, ha utilizado guantes en todo momento. De no haber sido por las balas encontradas en los cuerpos de las víctimas, podríamos pensar en un espíritu.

Monk hizo un gesto con la cabeza.

—Tal vez eso tenga relación con mi caso, como dices —murmuró—. ¿Podrías darme los nombres de los muertos? Quizá yo averigüe algo por mi parte...

—Te los daré, pero bajo la condición de que me comuniques inmediatamente cuánto hayas podido averiguar. ¿En tendido?

—Descuida. Hud.

Monk anotó los nombres. Luego hizo una pregunta a su amigo:

—En tu opinión, ¿quién podría tener interés en este asunto?

—Tal vez Selphy Upstand *el Zorro*, o Mabel Ivill, alias *la Carnívora*.

—Una mujer —respingó Monk.

—Un mal bicho. Te daré las direcciones de esos dos tipos y ya me dirás algo.

—Muy bien. Hud, te lo agradezco sinceramente.

Monk decidió dirigirse en primer lugar a la residencia de Mabel Ivill, a fin de hablar con la chantajista y sondearla adecuadamente. Cuando llegaba al edificio donde vivía la mujer, vio que salía a la calle.

Salters le había enseñado una fotografía y la reconoció en el acto. Mabel era una mujer de unos cuarenta y tantos años, alta, de formas exuberantes, aunque su rostro duro y poco amistoso borraba buena parte del encanto que se advertía a primera vista. Monk apreció que vestía modestamente y que el coche en que se sentaba era ya viejo, aunque bien cuidado.

Procurando no ser visto, la siguió a prudente distancia. Media hora más tarde, la vio detenerse ante un edificio que le dejó sorprendido extraordinariamente.

Mabel se apeó, pero, en lugar de dirigirse hacia la puerta principal, entró por la de servicio. Monk se acarició la mandíbula, preguntándose si la chantajista estaba empleada en el selecto Iron Knights Club. Tras unos momentos de vacilación, se apeó y caminó hacia la puerta de servicio.

Un hombre, uniformado con una camisa y una chapa, le cerró el paso.

—Perdón, caballero —dijo cortésmente—. Le ruego utilice la entrada principal, a menos que sea empleado...

—Oh, no lo soy —sonrió el joven—. La verdad es que, casualmente, he visto a una conocida y quería saludarla. Es esa mujer que acaba de entrar.

—El señor se refiere sin duda a Mabel Ivill, la encargada del guardarropa.

—Sí, la misma, aunque no sabía que trabajase aquí.

—Hace un par de semanas que tiene el empleo. ¿Quiere que la avise, señor?

—No, gracias; la llamaré más tarde por teléfono a su casa. No deseo distraerla de su trabajo...

Monk puso un billete en las manos del empleado y volvió a su coche. Cuando se disponía a abrir la portezuela, oyó una voz que pronunciaba su nombre y se volvió.

—Ah, señor Monk, qué sorpresa tan agradable —dijo Duval—. ¿Cómo así por este lugar?

—Tengo una conocida que está empleada en el guardarropa —sonrió el joven.

—Oh, comprendo. Creí que sería socio...

—No, no lo soy. ¿Usted sí?

—Desde mi llegada. Me gusta mucho la esgrima y éste el único sitio donde, puedo jugar unos asaltos. ¿Quiere entrar conmigo y tomaremos una copa?

—Gracias, pero tengo algo de prisa. Encantado de saludarle, barón.

—Ha sido un placer, señor Monk.

El joven se sentó tras el volante. Duval sonreía con gran amabilidad. Monk agitó la mano y luego puso en marcha el vehículo.

¿Estaba Mabel vigilando al barón? se preguntó.

Sería cosa de hablar con la chantajista, pero más tarde decidió finalmente.

CAPÍTULO VI

El teléfono sonó bruscamente. Monk entraba en su casa y corrió hacia el aparato.

Era cabe.

—¡Noticias, Muir! He localizado a Charity Evans.

—¡Demonios!

—Es fantástico. La tienes a menos de veinte kilómetros, en Salera. Sabes dónde está, ¿verdad?

—Sí, desde luego.

—Dirige una *boutique*. Y lo sorprendente es que no se ha cambiado de nombre y sigue usando el suyo.

—Eres un verdadero sabueso. Burt —rió el joven—. Ahora mismo irá a hablar con ella.

—Por supuesto, ella vive holgadamente, pero, de todos modos, un millón es una cantidad muy tentadora. ¿Comprendes lo que quiero decirte?

—Le permitiría retirarse y vivir de las rentas.

—Exactamente. Buena suerte. Muir.

—Gracias. Burt.

Monk colgó el teléfono en el acto. Salera estaba en el interior, al otro lado de las colinas. Monk tomó muy pronto la carretera que le conduciría a su destino y que serpenteaba por las laderas cubiertas de vegetación y en las que abundaban las residencias campestres. Luego, poco a poco, la vegetación fue haciéndose más escasa, hasta desaparecer del todo.

Remontó el punto más alto e inició el descenso. Salera se divisaba ya en el horizonte, a unos ocho kilómetros de distancia. Entonces, súbitamente, notó un fuerte golpe en la zaga del vehículo.

Pisó el freno instintivamente. Miró por el retrovisor y vio un enorme coche que se lanzaba a toda potencia contra el suyo, con ánimo de desplazarle fuera del camino.

A la derecha había un profundísimo barranco, por cuyo fondo corría un riachuelo de aguas plateadas. No había ni un solo árbol que frenase la caída, si se salía de la carretera.

Pisó el acelerador a fondo y esquivó así la siguiente acometida. Pero el otro coche era muy potente y su conductor parecía muy hábil.

Volvió a la carga, cuando estaba llegando a una curvatura sumamente pronunciada. Monk decidió jugarse el todo por el todo y dejó que el otro coche se le acercase, con un profundo bramido, que parecía el de una bestia prehistórica.

Entonces golpeó el volante a la izquierda, desviándose casi en ángulo recto. Cuando parecía que iba a estrellarse contra el talud del otro lado, viró en sentido contrario, quedando de nuevo en la dirección correcta, aunque en el carril opuesto. Al mismo tiempo, el otro coche pasaba rugiendo por su lado.

El conductor frenó, pero ya era tarde. Las ruedas delanteras se salieron fuera de la carretera. Monk oyó claramente el desesperado chirrido de los frenos.

El coche basculó y cayó hacia adelante. Primero se deslizó con gran lentitud, tanta, que su conductor pudo abrir la portezuela y saltar fuera. Pero inmediatamente empezó a rodar por la ladera.

El coche resbaló unos metros, con horribles sonidos de metal que raspaba el suelo. Luego, de pronto, se inclinó a un lado y volcó.

Monk oyó un espantoso alarido. Consiguió pasar al carril adecuado, frenó y saltó al suelo.

Un coche y una cosa sangrante bajaban dando vueltas hacia el fondo del barranco. La cosa sangrante era el conductor, aplastado por su propio vehículo.

Los ruidos cesaron muy pronto, cuando el automóvil se estrelló contra las rocas del fondo. El frustrado asesino quedó un poco más arriba, enganchado por la cintura en un agudo saliente rocoso, los brazos y las piernas colgando a ambos lados de aquella aguja de piedra que, al clavársele en el cuerpo, había acabado la tarea iniciada mucho más arriba.

Bruscamente, Monk oyó el ruido de un coche que frenaba y volvió la cabeza. Se abrió una portezuela y alguien corrió hacia él.

Monk frunció el ceño.

—¿Qué hace aquí?

—Decidí seguirle. No sé adónde se dirige, pero pude ver que el conductor de ese coche quería tirarle al barranco. Lo declararé así ante la policía...

—Constance, ¿quiere hacerme un favor?

—¡Pues claro! ¿De qué se trata?

—No diga nada a la policía. Declare solamente que el tipo se despistó. ¿Entendido?

Los claros ojos de la muchacha le miraron fijamente.

—Así lo diré —prometió—. Y ahora, usted, dígame adónde va.

Monk vaciló un instante.

—Lo siento, no puedo decírselo —respondió al cabo.

Ella pateó el suelo, furiosa.

—¡Se lo exijo! ¿Me oye? ¡Le ordeno que...!

—Se equivoca. En este asunto, el único que puede darme órdenes es su padre, y solamente si tienen alguna relación con lo que me encargó. Usted no tiene la menor autoridad sobre mí.

—Entonces le diré a la policía...

—Y yo diré que no sabía nada y que ignoro por qué quería matarme ese sujeto.

Había furia en el rostro de la muchacha.

—¡Es usted odioso! Me gustaría... Está bien, le seguiré, aunque no quiera, y sabré lo que va a hacer.

—Es usted una mujer repulsiva y absolutamente desagradable. Sólo porque ha nacido en la riqueza, se cree con derecho a todo, ¿verdad? ¡Pues no es cierto, se lo aseguro!

Dominando difícilmente la ira que sentía. Monk sacó de su bolsillo una navaja, desplegó la hoja y luego, antes de que Constance adivinara sus intenciones, le rajó un neumático delantero. Acto seguido regresó a su coche.

—Cuando llegue la policía dígame lo que le dé la gana —gritó, al tiempo de arrancar.

Los ojos de Constance se llenaron de lágrimas de furor y despecho. Agachándose, agarró una piedra, pero desistió de lanzarla, cuando apreció que la distancia era ya excesiva y que no lograría su objetivo.

La mujer abrió la puerta y le miró con curiosidad. Era bastante alta y se conservaba muy bien. Aún resultaba guapa y notablemente atractiva, pese a que ya andaba por los cuarenta y cinco años,

calculó Monk, El rostro, con las lógicas diferencias de la edad, parecía calcado del de Constance.

Monk había preferido visitarla en su domicilio particular. En la tienda no habrían podido hablar con la comodidad deseada.

—¿Señora Evans? —dijo.

—Señorita —puntualizó Charity—. ¿Qué desea?

—Me llamo Monk. Muir Monk. Deseo hablar con usted y le advierto de antemano que todo lo que me diga será considerado como absolutamente confidencial.

—No tengo ningún pleito...

—En cierto modo, sí lo tiene. Nació hace veintidós años.

Él todavía bello rostro de Charity se oscureció.

—¿Qué quiere usted? —preguntó.

—¿Por qué no me deja entrar?

Ella vaciló un instante.

—Bien, pase.

Monk cruzó el umbral. La casa, pequeña, no carecía de comodidades y era muy acogedora. Charity, evidentemente, tenía muy buen gusto para la decoración.

—Hable —dijo, tras una corta pausa.

—Señora, estoy aquí por encargo de Frank Stubbins. Le han amenazado con revelar ciertos secretos, para evitar lo cual deberá pagar un millón de dólares. Y yo tengo la misión de encontrar al chantajista.

—¿A qué secreto se refiere, señor Monk?

—A usted y a Constance.

Charity calló un momento. Miraba a través de la ventana. Miraba a través de la ventana. Monk respetó su silencio.

—Tengo una hija guapísima y que se merece lo mejor del mundo —dijo ella al cabo—. Pero el padre debería estar en el infierno.

—¿Tan mal lo considera usted?

—¿Qué pensaría de Un hombre que, un buen día, desapareció de casa, llevándose a su propia hija y separándola cruelmente de la madre?

—Tenía entendido lo contrario —dijo Monk, sorprendido.

—Frank le mintió. Es cierto, había muchas desavenencias entre los dos, pero no hasta el extremo de abandonar a mi hija. Cuando lo vea, llámele embustero, al menos en este asunto.

—Estoy por pensar que ambos tuvieron una buena parte de culpa —murmuró el joven pensativamente—. Uno de los dos se llevó a la niña, es cierto, pero los años pasan y... ¿no se les ha ocurrido reconciliarse? Las desavenencias que hubo entre ambos eran fruto de la extremada juventud y no pudieron soportar privaciones e incomodidades. Las cosas, con un poco de buena voluntad, resultarían ahora muy distintas.

Charity sonrió levemente.

—Como consejero matrimonial, no tendría usted precio. Pero las cosas no son tan fáciles, señor Monk.

—Lo más duro es dar el primer paso, señora. Y alguien tiene que intentarlo, por Constance.

—No entiendo. Ella ha vivido perfectamente sin mí durante veinte años. A estas alturas, ya nada puede beneficiarla...

—Pero sí perjudicarla gravemente, porque nació de una unión no legitimada y si ello se divulga, la familia de su futuro no la aceptaría.

—Vaya, hombre, a estas alturas, ¿hay gente todavía con semejantes remilgos? —se asombró Charity.

—Más de la que usted se imagina, pero sobre todo, como en el presente caso, cuando se trata de una familia cargada de títulos de nobleza y que no admitiría la menor mancha en sus centenarios apellidos.

Charity abrió la boca.

—¿Es cierto eso? —exclamó, pasmada.

—Antes de dos semanas llegará la condesa Madeleine, futura suegra de Constance. Para entonces, este asunto debe estar resuelto o la condesa no aprobará el enlace. Y si su hijo, el barón, insiste en casarse, ella lo desheredaría y le desposeería de todos sus títulos.

—Nunca me imaginé que en estos tiempos pudieran pasar cosas semejantes —confesó Charity.

—No son frecuentes, es cierto, pero, a veces, suceden. Y se trata de la felicidad de su hija, recuérdelo.

Charity meditó unos instantes.

—Tengo que pensármelo —dijo al cabo.

—No se demore —rogó Monk.

—Deme su dirección. Le haré saber mi respuesta lo antes posible.

—Muy bien, señora.

—En ocasiones he visto a Constance, aunque ella, lógicamente, no me ha reconocido. Es una muchacha maravillosa. Se merece ese esposo.

—Celebro que piense así —sonrió Monk.

—Y una cosa: no soy el chantajista, por una sencilla razón. No aceptaría de Frank un solo centavo, ni aunque estuviese muriéndome de hambre. He pasado veinte años en esta situación y no voy a cambiar ahora, me parece.

Monk hizo una ligera inclinación.

—La creo, señora —dijo cortésmente.

CAPÍTULO VII

La entrevista había resultado bastante fructuosa, pero Monk no estimaba concluido su trabajo.

Tenía que encontrar al chantajista. Era evidente que éste sabía algo. Estaba bien informado, cosa que no le extrañó, porque un chantajista sin información se moriría de hambre, pensó. Al día siguiente de su viaje a Salera, decidió hablar con uno de los sospechosos.

Selphy Upstand *el Zorro*, vivía en un lujoso apartamento, en cuya decoración, calculó Monk, habría invertido buena parte de los dineros conseguidos de sus víctimas. Upstand le recibió, envuelto en una costosa bata de seda, color vino, pañuelo de seda al cuello y una larga boquilla en la mano izquierda, adornada por un par de costosas sortijas con piedras preciosas.

—¿Puedo saber a qué debo el honor de su visita, señor Monk? —preguntó el sujeto, después de los inevitables saludos.

—¿Conoce usted a Frank Stubbins?

—Claro, ¿quién no lo conoce en la ciudad? Pero no tengo la menor relación con él, si es eso lo que desea saber.

—Selphy, usted es un sujeto que tiene un *modus vivendi*, del que no vamos a hablar por el momento. No intente negarlo, porque ambos sabemos que es cierto. ¿Está claro?

—Meridianamente diáfano —dijo Upstand, pedante.

—¿Qué sabe de Stubbins y de su vida privada?

—En ese aspecto es un tipo honesto. No se le conocen queridas, ni suele meterse en orgías. Aunque sé que, a veces, busca una amante ocasional, pero nunca establece un lío definitivo.

—¿Qué más?

—Bueno, gana dinero...

—Le he preguntado por su vida privada. Selphy.

—Tiene una hija, guapísima, por cierto, la cual va a casarse con

un francés de buena familia. La madre, es decir, la esposa de Stubbins, murió hará unos quince años.

Monk alzó las cejas.

—¿Quién se lo ha dicho?

Upstand sonrió sibilamente.

—Suelo tener buena información acerca de posibles «clientes». No le negaré que me habría gustado hincarle el diente a la fortuna de Stubbins, pero no he encontrado la forma de hacerlo.

—Realizó algunos negocios nada limpios...

—Yo me dedico a aspectos privados. Los negocios sucios se «limpian» con buenos abogados. En cambio, si una persona tiene un tropiezo, no puede defenderse, so pena de atraer el escándalo que, consecuentemente, trataba de evitar.

—Comprendo. Una forma de actuar muy astuta.

—Inteligentemente, diría yo —sonrió Upstand.

—De modo que la madre de la chica murió...

—Perdone un momento.

Upstand se acercó a un escritorio de persiana, lo abrió y sacó un sobre, del que extrajo unos papeles, que puso en manos del joven.

—Lea, por favor.

Monk accedió. Eran informes que Upstand había encargado a alguien. Según lo que estaba escrito allí. Charity Stubbins había muerto quince años antes.

La madre de Constance figuraba con el apellido de su esposo. Pero no habían estado casados nunca.

Y él la había visto viva hacía menos de veinticuatro horas. Por si fuese poco, el parecido fisonómico entre madre e hija era una prueba irrefutable.

Pero, observó, faltaba un documento muy importante.

—¿Dónde está la copia de la partida de defunción? —preguntó.

Upstand se encogió de hombros.

—No lo sé. Mi informante es de toda solvencia. —Recogió los papeles y displicente, los puso sobre un gran cenicero, en forma de cuenco, pegándoles fuego a continuación—. Cómo puede apreciar, ya no siento el menor interés por los asuntos privados del señor Stubbins.

—Me siento muy confortado —dijo Monk, con una punta de ironía—. Supongo que será inútil preguntarle por el nombre de su

informador.

—Es confidencial —repuso Upstand suavemente.

Monk asintió. El Zorro, se dijo, debía quedar descartado.

Cuando llegó a su casa vio un coche parado frente a la puerta. Su ocupante saltó al suelo inmediatamente.

—Hola —dijo Constance, a la vez que se quitaba las gafas de color.

Monk la miró oblicuamente.

—¿Qué hace aquí? —preguntó.

—Usted me espía y yo trato de espiarle, eso es todo.

—Se equivoca. No investigo para nada su vida privada.

—Mentiroso.

Monk calló un instante. Luego hizo un gesto con la mano.

—Venga conmigo.

—Claro.

Entraron en la casa. Monk fue al teléfono, marcó un número y esperó a que le contestasen. A los pocos momentos dijo:

—¿Señor Stubbins? Soy Monk. Constance está en mi casa. Tenga la bondad de ordenarle que deje de seguirme o abandonaré la investigación.

Fríamente, pasó el teléfono a la muchacha y esperó. Constance se desconcertó un poco, pero acabó por hablar con su padre.

—A Muir le han amenazado. Ayer, incluso, quisieron matarle. Yo fui testigo del intento de asesinato. Papá, quiero que me digas qué hace este hombre...

Stubbins debió decir algo gordo, porque Monk vio que la muchacha se ponía colorada en el acto. Luego Constance, furiosa, lanzó el teléfono contra la horquilla.

El auricular rebotó y quedó colgando del hilo. Suavemente, Monk lo puso en su sitio y señaló la puerta.

—Salga.

Ella cruzó los brazos bajo los senos y golpeó el suelo fieramente con el tacón de su zapato derecho.

—No. No me iré sin saber qué es lo que sucede —dijo.

Monk hizo una señal con la mano.

—Venga, por favor.

Cruzó la sala, abrió la puerta y tendió la mano.

—Mire allí —indicó.

Constance dio un par de pasos y alargó el cuello. En el mismo instante, sintió una terrible palmada en el final de la espalda y dio un salto, a la vez que gritaba agudamente.

Cuando quiso reaccionar, la puerta se había cerrado a sus espaldas. Pero se volvió y tocó el timbre.

Dentro de la casa. Monk hizo un gesto de resignación.

Abrió. Un puño se estrelló contra su mentón y le hizo retroceder un par de pasos. La puerta se cerró, antes de que hubiera podido recobrarse de la sorpresa.

Entonces, ella oyó una voz conocida:

—¡Constance! ¿Qué haces aquí?

La joven se volvió. Duval estaba junto a la acera, en su Mercedes descapotable. Monk lo presenció todo desde una de las ventanas.

—Hola. Pierre —dijo ella—. Vine a ver al señor Monk... Trabaja para mi padre y quería darle un recado...

—¿A golpes? —sonrió Duval.

—Es un tipo grosero. Me dijo algo ofensivo y no pude contenerme.

Duval frunció el ceño. Un instante después, saltaba del coche y corría hacia la casa.

—¡No puedo consentir que nadie insulte a mi futura esposa! —exclamó.

Ella trató de cerrarle el paso.

—¡No. Pierre, no lo hagas! —gritó—. Es muy fuerte: podría hacerte daño...

—Ya me lo ha hecho: en mi honor —rugió el francés.

Y, sin más, abrió la puerta y se precipitó en el interior de la casa.

Al otro lado, sonó el ruido de una puerta que se abría y cerraba precipitadamente. Duval continuó corriendo y llegó a la trasera de la casa, seguido por la muchacha, a tiempo ambos de presenciar la poco decorosa fuga de Monk a través de los jardines de las casas contiguas.

—Ha huido, el muy cobarde —dijo Duval, satisfecho—. No se atrevió a afrontar mi justa cólera, ese mal nacido sujeto...

Constance lo agarró por un brazo.

—Déjalo ya. Pierre —rogó—. A fin de cuentas, no fue una cosa tan grave. Sólo se propasó un poco, pero ya le di su merecido.

Duval sonrió, a la vez que pasaba un brazo por la cintura de la

muchacha.

—Eres maravillosa y cada día me siento más orgulloso de ti —exclamó.

Constance sonrió, pero, a pesar de todo, no se sentía enteramente disgustada por la actitud de Monk. Le ocultaba algo muy importante, era seguro, y quería saber de qué se trataba; pero llegó muy pronto a la conclusión de que no conseguiría saberlo por procedimientos violentos. ¿Valía la pena un comportamiento más mesurado?

Todavía irresoluta acerca de lo que debía hacer, se dejó llevar por su prometido. Monk, prudentemente oculto tras un seto no demasiado lejano, les contempló con la sonrisa en los labios.

Llegó a casa, sacudió los pies sucesivamente y los zapatos volaron por los aires. Se sacó el vestido por encima de la cabeza y, levantándose las enaguas, tiró hacia abajo de la faja que oprimía sus abundantes caderas, luego se acercó a una grabadora y presionó la tecla de funcionamiento.

Una voz gangosa brotó en el acto. Mabel Ivill se inclinó hacia una cigarrera, se puso un pitillo en los labios, lo encendió y se arregló un poco los tirantes de las enaguas. En el mismo instante, sonó el timbre de la puerta.

Mabel buscó una bata y se la puso precipitadamente. Luego escondió el vestido y la faja, a puntapiés, debajo de un diván. Finalmente abrió y contempló al hombre joven que estaba en el umbral de la puerta.

—¿Qué quiere? —preguntó.

—Me llamo Monk. Deseo hablar con usted, señora Ivill.

Ella le miró reticentemente.

—¿Qué pretende venderme?

—Nada, no soy vendedor. Sólo deseo unos informes. Señora Ivill, a usted la llaman la Carnívora. Supongo que omiten la palabra flor. Creo que «devora» a la gente que tiene la mala suerte de caer en sus garras. Y no lo niegue, porque mis informes proceden directamente de la policía.

Mabel se echó a un lado.

—Eso era antes. He dejado la profesión —respondió.

—¿Seguro? Está empleada en el Iron Knights Club, como encargada del guardarropa. Allí se pueden ver y oír muchas cosas...

—Es un empleo que durará muy poco tiempo. De todos modos, no me lo habrían concedido tan fácilmente, de no haber confiado en mí. Y si no me cree, ¿por qué no visita al presidente?

—Puede que tenga razón. Siempre hay un momento en que las personas se regeneran... Eh, ¿qué es esa voz que habla en francés? —se sorprendió Monk al oír los sonidos que procedían de la grabadora.

—Estoy siguiendo un curso acelerado de ese idioma —explicó Mabel—. Le he dicho que mi empleo durará muy poco. El barón Duval me ha prometido el puesto de ama de llaves, después de que se haya casado. Me pareció conveniente iniciar el estudio de su idioma. Es un noble francés, de mucha «porsopia».

—Prosapia —corrigió Monk, sonriendo—. De modo que ama de llaves, ¿eh?

—Sí. Se acabó el oficio y usted sabe de sobra a qué me refiero. Deseo paz y tranquilidad, señor Monk.

—Un deseo muy lógico. Pero si lo que dice es cierto, podría empezar a regenerarse ayudándome.

—¿En qué?

—Tengo un cliente. Le están haciendo un chantaje.

—Yo no sé nada...

—Pero puede saber quién es ese sujeto.

—¿Por qué no me dice el nombre de su cliente, señor Monk?

—Usted será ama de llaves de su hija, cuando se haya casado con el barón.

—Ah —murmuró Mabel—. Stubbins. Sí, tiene algunas cosas que ocultar. No todo es limpio en su vida.

—Alguien conoce un secreto muy bien guardado hasta ahora. ¿No puede darme una pista?

—Lo siento. Estoy desconectada por completo del oficio.

Monk hizo un gesto de pesar.

—Es una lástima. Gracias, de todas formas, señora Ivill.

—Al contrario, hubiera querido ayudarle...

El joven sonrió, a la vez que dejaba una tarjeta encima de una consola.

—Si averigua algo, llámeme. A fin de cuentas, puede redundar en su beneficio, puesto que trabajará en casa del barón.

—Lo haré.

Por un momento. Monk pensó en un posible «lío» entre Duval y Mabel. Pero desechó la idea casi en el acto. Duval era más refinado y Mabel, aparte de que rondaba ya el medio siglo, era una mujer de rasgos bruscos y demasiado exuberante, sin contar con su carácter nada apacible. Tal vez sí, resultaría una excelente ama de llaves.

—Adiós, señora Ivill.

—He tenido mucho gusto, señor Monk.

El teléfono sonó de pronto. Agedden levantó el aparato y lo acercó a la oreja.

—¿Quién? —preguntó cautelosamente.

Una voz femenina sonó al otro lado del hilo.

—Larry, soy Goldie Wray. ¿Me conoces?

Agedden procuró mantenerse impasible.

—Sí —respondió escuetamente.

—Pete Danby me dijo que estabas metido en un lío gordo. Bueno, que habías tenido una idea para sacar mucha pasta. No me dio detalles del asunto, pero mencionó algunas cosas que pueden resultar interesantes. Danby se mató al despeñarse con el coche.

—Lo sé. Fue una desgracia. Precisamente, te he llamado unas cuantas veces, para darte el pésame...

—Larry, no te esfuerces, no te voy a creer —rió la mujer—. De todos modos, muchas gracias. Escúchame, una de las cosas que mencionó Pete fue algo relativo a Hallum. Le pegaron un tiro, ¿sabes?

—Lo leí en los diarios, pero yo no tengo nada que ver con eso. Goldie.

Ella se echó a reír.

—Larry, reúne diez mil «pavos» y olvidaré todo. No es demasiado para mí, pero sí suficiente para los «polis», ¿entiendes? Podrían tirar del hilo y...

—De acuerdo, pero ese dinero no se consigue con tanta facilidad cómo piensas.

—Tú lo conseguirás. Tráemelo mañana, por la noche. Te llamaré alrededor de las nueve y te indicaré el lugar donde podemos encontrarnos.

—Muy bien, Goldie. Esperaré tu llamada.

Agedden colgó el teléfono. Sudaba y tuvo que secarse las manos en las perneras de los pantalones. Luego se levantó y buscó la

pistola que había utilizado ya en otras ocasiones. Había que cerrar otra boca.

Y no era la última que debía enmudecer.

CAPÍTULO VIII

Cuando se disponía a entrar en el coche, vio a Constance sentada tras el volante.

—Deme las llaves —pidió ella.

Monk; accedió. Constance puso en marcha el automóvil.

—¿Puedo saber adónde vamos? —preguntó él.

—¿Le parece bien el Ocean Park? A estas horas hay poca gente y resulta agradable estar sentado en el césped.

—Con permiso del barón, claro.

—El barón está realizando unos asaltos de esgrima. Y es lo suficientemente comprensivo, para no enfadarse, si supiera que estamos juntos.

—Usted le ama y ello ciega su entendimiento. El otro día. Pierre no demostró precisamente comprensión.

—Ni usted valor. Pensé que se quedaría a enfrentarse con su destino.

—No sea melodramática. Y si cree que soy un cobarde, no la disuadiré de su opinión, pero debe saber que, a veces, una retirada a tiempo es el principio de una victoria.

Constance rió alegremente.

—¿Una retirada? ¡Parecía un galgo detrás de la liebre!

—No, la liebre delante del galgo —rectificó él.

—Muir, ¿qué pasa? ¿Por qué le ha contratado mi padre? —preguntó Constance, repentinamente sería.

—¿Se lo ha dicho él?

—No.

—Entonces, yo también callaré, mientras el señor Stubbins no me autorice para divulgar lo que, por ahora, es un secreto profesional.

Ella se mordió los labios.

—Debe de ser muy grave, ¿no?

—Según se mire. Pero, en todo caso, quiero que sepa que lo hace por usted. Está dispuesto a todo, con tal de que usted sea feliz.

—¿Habla en serio. Muir?

—Completamente en serio. Constance.

La joven guardó silencio durante unos momentos.

—Pero —dijo al cabo—, un día u otro, usted resolverá ese problema y yo podré enterarme al fin.

—Eso espero.

—Bien, tendré paciencia. Muir, ¿puedo pedirle algo?

—Claro.

—Se lo ruego. Sea absolutamente sincero, incluso brutal, pero, dígame, ¿qué opina usted de mi compromiso con el barón?

—Está deslumbrada, pero no enamorada.

—¿Cómo lo sabe?

—Una mujer enamorada no pide a otra persona su opinión acerca del hombre a quien ama.

—Es cierto. Yo le amo. Puede que sí, que haya algo de deslumbramiento, pero le amo.

—En tal caso, sólo me queda decir una palabra.

—¿Cuál, Muir?

—Felicidades.

Ella sonrió.

—Pierre es un hombre maravilloso —dijo.

—¿Lo ve? Usted será muy dichosa con él y le dará unos cuantos hijos, el primero varón, claro, para que herede todos sus títulos. Vivirá en París y será la baronesa, y de cuando en cuando, residirá en uno de los castillos de Pierre... Sus amigas la envidiarán, créame.

—Gracias. Muir. Una cosa: me gustaría que asistiese a la boda.

—Y le enviaré un regalo.

Constance volvió a sonreír.

—Entonces, ¿amigos?

Desde luego.

—¿No me guarda rencor?

—Tengo piel de elefante y memoria de mosquito.

Ella lanzó una alegre carcajada.

—¿Sabe? Cuando se le conoce un poco más, resulta usted un hombre verdaderamente simpático. Muy agradable, se lo aseguro.

—Gracias por el buen concepto que tiene de mí.

—¿No se ha casado todavía?

—Aún río he encontrado la mujer apropiada.

—Pero con lo atractivo que es, habrá tenido alguna aventurilla, ¿eh?

Monk pensó de inmediato en la volcánica Tracy Weldon. Hacía días que no la había visto y no sentía el menor deseo de verla de nuevo.

—Hombre, ¿qué quiere que le diga? —contestó—. Un caballero no suele mencionar detalles sobre sus conquistas.

—Sí, la discreción es una gran virtud —convino ella jovialmente.

Estaban acercándose al cruce que debían tomar para ir al parque. Constance se dispuso a virar, pero, con gran asombro por su parte, el coche siguió en línea recta.

—Eh, ¿qué hace? —gritó él—. Al parque se va por la izquierda.

Constance pisó el freno. El automóvil continuó rodando.

—¡Muir! ¡La dirección no obedece! —chilló—. Y los frenos tampoco funcionan...

El coche atravesó el cruce, eludiendo por centímetros a otros dos vehículos, que circulaban transversalmente, y luego se desvió un poco a su derecha. Rebotó contra el raíl protector, saltó un par de veces y, al fin, cuando cesó la inercia, se detuvo, atravesado en parte por sobre la calzada.

Los vehículos que le seguían tuvieron que efectuar violentas maniobras para esquivar el encontronazo con el automóvil parado. Constance se sentía terriblemente pálida.

—No comprendo lo que ha pasado...

Monk frunció el ceño. Sólo la prudencia de la muchacha había evitado una catástrofe.

—¿Suele conducir siempre tan despacio? —preguntó.

—No tenía ninguna prisa y quería concentrarme más en la conversación con usted que en conducir el coche —respondió Constance.

—Pues eso es lo que nos ha salvado la vida —dijo él—. Si hubiese sido una chica aficionada a correr, a estas horas nos estarían poniendo las alas en las espaldas.

—Soy aficionada a correr, en efecto —aseguró ella—. Pero hoy...

Monk alargó el pie izquierdo y probó el pedal de freno. Se hundía hasta el suelo.

El volante giraba loco. Monk comprendió que alguien había manipulado en su coche, todo ello con gran habilidad. Las averías no se habían producido en el acto, sino pasado un rato. El autor de los hechos había calculado que el conductor del vehículo lo haría correr a gran velocidad pasado un tiempo determinado, pero sólo la oportuna acción de Constance había evitado el desastre.

—Quieren asesinarle. Muir —adivinó ella.

Una sirena se oyó, acercándose rápidamente.

—Sí, pero no les diga nada a los policías —contestó Monk—. Yo me ocuparé de las explicaciones pertinentes. ¿Entendido?

—De acuerdo.

Constance hizo una pausa. Luego añadió:

—Muir, debe de ser un asunto muy importante, cuando hay alguien empeñado en matarle. ¿Me equívoco?

—Acierta, pero, insisto, no puedo hablar por el momento —dijo el joven ceñudamente.

La mujer estaba sentada ante una mesa, con las piernas cruzadas, fumando displicentemente. Un camarero se acercó a ella.

—Hay un tipo que te aguarda fuera. Goldie.

Ella puso un billete sobre la mesa.

Gracias, Jeb.

Agarró su bolso, se puso en pie y salió contoneándose del bar. El coche estaba junto a la acera Goldie abrió la portezuela y se sentó junto al conductor.

—Hola. Lam.

—¿Qué tal, Goldie?

Agedden pisó el acelerador Goldie lanzó el cigarrillo a través de la ventanilla.

—¿Has traído la «pasta»?

—¿Qué sabes de mí?

—Liquidaste a Hallum. No me interesa por qué. Pero sé que lo hiciste.

—¿Cómo te has enterado?

—Me lo dijo él.

—Goldie, no me hagas reír...

—Dijo que tenía un asunto muy importante contigo.

—Y te dio mi número de teléfono, supongo.

—Es que, en los primeros momentos, yo no me creía lo que él decía. Para convencerme, me dio tu número. «Anda, llámalo, si no me crees». Había visto un relojito de platino, con brillantes, que es una verdadera maravilla, y me había encaprichado de él Hallum prometió comprármelo, después de ultimado el negocio. Naturalmente, cuando me dijo aquello, me convencí de que era sincero. Pero ya no volví a verle vivo. Y sabía que iba a entrevistarse conmigo. Es fácil atar cabos, ¿no?

—Eres muy lista. Goldie.

—No querías compartir con él el producto del botín, ¿verdad?

—Pidió más de lo acordado. Nunca me gustó que se burlasen de mí.

—Comprendo. Descuida, yo no me burlaré de ti. Diez mil y no pediré un centavo más.

—Y guardarás silencio.

—Hombre, qué cosas tienes...

Agedden alargó la mano derecha y tocó las piernas de Goldie.

—Tienes unos buenos muslos, tú —rió.

—Y algo más —contestó ella.

El coche continuaba rodando... Salieron de la ciudad.

—¿Adónde vamos? —preguntó Goldie.

—Nena, el dinero está en otro sitio No puedo guardarlo en mi apartamento: tiene las paredes de papel y la puerta es sólo de adorno.

El automóvil rodaba ahora por la carretera de la costa. La luna rielaba en el océano, provocando miríadas de chispas plateadas.

—Hoy día, hacen las casas con cartulina y pegamento —dijo Goldie cáusticamente.

De pronto, el motor empezó a toser. Agedden lanzó una maldición.

—No sé qué diablos le pasa a este maldito coche...

Cortó el contacto y se salió fuera de la carretera. Después de que el vehículo se hubo detenido, abrió la portezuela y saltó fuera.

—Aguarda un momento —pidió.

Levantó la tapa del motor y miró en su interior. Goldie encendió un cigarrillo.

De pronto, notó que el coche se deslizaba hacia adelante.

Estaba en una explanada, con una ligera pendiente, que era la cima de un acantilado de sesenta o setenta metros. Un grito de espanto brotó de sus labios.

—¡Larry, el coche se ha desfrenado!

Intentó abrir la portezuela de su lado, pero el mecanismo estaba bloqueado. Chilló aterrada, mientras el coche ganaba velocidad y se acercaba al borde del acantilado.

Desesperadamente, se lanzó hacia la otra portezuela. Consiguió abrirla, pero ya era tarde.

Un horrible alarido brotó de sus labios al sentir que volaba por el aire hacia el abismo. A veinte pasos. Agedden con temblaba la escena, sonriendo perversamente.

El estruendo del impacto llegó a sus oídos, mezclado con el rumor del oleaje que batía las rocas de la base. Tranquilamente, con las manos en los bolsillos, echó a andar.

Quinientos metros más adelante, encontró otro coche.

Abrió, se sentó tras el volante, sacó otro juego de llaves, y dio el contacto.

—Una entrometida menos —murmuró.

La puerta estaba cerrada sencillamente y Monk abrió sin más que girar el pomo. Pasó al otro lado y desde el umbral, estudió en silencio el interior del apartamento.

Encima de una consola vio una batería de botellas, todavía con los precintos. Un poco más allá, y sobre un diván, todavía con la funda de plástico, vio un traje nuevo. Al lado se divisaban dos cajas que, apreció, contenían zapatos también nuevos.

De pronto, se oyeron pasos en el interior. Un hombre llegó a la sala, con una lata de cerveza en las manos, y miró asombrado al visitante.

—¿Qué hace aquí? —exclamó—. ¿Quién le ha dado permiso para entrar en mi casa?

Impasible, Monk se acercó al sujeto y asiendo su mano izquierda, levantó el brazo un poco, soltándolo a continuación.

—Doce botellas, recién llegadas de la tienda de licores. Un traje nuevo, dos pares de zapatos italianos, un reloj nuevo... Tony Orrill, si mis informes no mienten, estás cobrando el seguro de paro. ¿De dónde has sacado tanto dinero?

—¿Le importa a usted algo? ¿Es policía? No puede acusarme de

nada...

Monk miró oblicuamente al dueño de la casa, un sujeto de mediana estatura, delgado y de nariz afilada. Tony Orrill era un magnífico mecánico de automóviles, pero al que no le agradaba la rutina de un empleo estable y con un salario muy inferior al que estimaba debía corresponderle por sus méritos.

—¿Te recuerda algo el coche Ford 78, color rojo, descapotable, matrícula de California 551 WRJ? —preguntó.

Orrill se puso lívido en el acto.

—No sé de qué me está hablando...

—Manipulaste la dirección y los frenos. Sólo un tipo tan experto como tú podría haber hecho las cosas, de modo que el fallo se produjese al cuarto de hora de haberlo puesto en marcha. Y como tú y yo no nos conocíamos, ni jamás habíamos tenido la menor relación ni, lógicamente, sentías rencor hacia mí, resulta obvio que alguien te pagó para que lo hicieras. Dime quién fue y olvidaré todo. Pero si insistes en callar, llamaré al teniente Keegan o al sargento Salters...

—Espere, no, no haga eso. No llame a la policía. Yo... bueno, me dijeron que alguien quería gastarles una broma...

Monk respingó.

—¡Demonio, vaya broma! ¿Fuiste capaz de creértelo, idiota?

—Bien, dijeron que el dueño del coche lo notaría antes de ponerlo en marcha...

—Estúpido. Es una excusa, pero no insistiré. Dime quién te pagó; es todo lo que quiero.

—Es que no lo sé, se lo juro.

—Tony, no me hagas perder la paciencia...

—¡Se lo juro! Me contrataron por teléfono y me enviaron mil dólares por correo. Dentro de la carta estaba la dirección y la matrícula del coche. Es todo cuanto puedo decirle.

—Sí, puede ser —murmuró Monk pensativamente—. De modo que no sabes quién es el tipo que te contrató.

—Usted debe de haberle hecho algo. Parecía muy enojada.

—¿Una mujer?

—Sí, señor.

Monk asintió. Creía conocer a la autora del intento de asesinato. Consultó la hora. Sabía dónde encontrarla.

De pronto, dirigió la vista hacia las botellas y sonrió. Fue hacia el traje, quitó la funda de plástico y lo extendió en el suelo.

—No te muevas.

—¿Eh, qué va a hacer? —chilló Orrill.

Monk rompió dos botellas y derramó su contenido sobre el traje. Luego destrozó las diez restantes y vertió el licor por todas partes. Al terminar, se encaminó hacia la salida.

—Cierra el pico o será mucho peor —se despidió.

CAPÍTULO IX

Cuando llegaba al club, vio que otro coche se había detenido segundos antes y su conductora se apeaba frente a la entrada. Constance también le vio.

—¡Muir! ¿Qué hace aquí? —exclamó.

—Creo que he encontrado a la persona que pagó para que manipulasen en mi coche —respondió él.

Constance palideció.

—¡Dios mío! No iré a decirme que sospecha de mi prometido...

—Por favor. Constance. ¿Quién le ha metido esas ideas tan insensatas en su linda cabecita?

—Es que... Se me ocurrió que Pierre, quizá...

—Pierre es un caballero y no cometería una acción tan ruin. No, no se preocupe; no se trata de él.

Constance se puso una mano en el pecho.

—¡Uf! Respiro aliviada. Muir. ¿Acaso es un socio del club?

—No, empleado. ¿Vamos?

—Sí, estoy muerta de curiosidad. ¿Cómo lo ha averiguado, Muir?

—A veces, por mi profesión, tengo que realizar investigaciones y las dirijo personalmente. Empleo a otros colaboradores y ellos me indicaron el nombre del experto que averió el coche.

—Y ha hablado con ese tipo.

—Sí, pero no sabía el nombre, aunque sí me dijo que se trataba de una mujer.

—¡Una mujer! —Respingó Constance.

—Hizo creer al mecánico que era una broma que me gastaba, despechada por haberla abandonado. El tipo no se lo creyó, pero, como le pagaban bien...

Ya habían llegado al amplio vestíbulo del edificio. Un atildado empleado salió al encuentro de la pareja.

—Por favor —dijo Monk—, deseo hablar con la encargada del guardarropa.

—¿Se refiere a la señora Ivill, señor? —preguntó el hombre.

—Sí, la misma.

—Lo siento, señor. Se despidió ayer. Ya no está empleada en el club.

Monk masculló una interjección entre dientes. Constance le miraba expectantemente.

Al cabo de unos instantes, Monk alzó una mano:

—¿Puedo usar el teléfono? —consultó.

—Por supuesto —accedió el empleado.

Monk llamó a Cabe.

—Burt, necesito que busques inmediatamente a Mabel Ivill. Ya no está empleada en el Iron Knights Club, ¿comprendes?

—Pondré manos a la obra inmediatamente —respondió Cabe, sin necesidad de más indicaciones.

Monk colgó y se volvió hacia la muchacha.

—Bien, aquí me despido —sonrió—. Usted se queda, supongo.

—Pierre está con sus ejercicios de esgrima —respondió ella—. Cuando termine, nos iremos a almorzar juntos. ¿Sabe? Su madre llegará la semana próxima. Ya tengo ganas de conocer a la condesa...

—Me lo imagino. Salude a Pierre en mi nombre. Si lo cree conveniente.

Constance le tendió una mano.

—Es más comprensivo de lo que cree, Muir —dijo.

—Si el otro día hubiese tenido una espada en la mano, me habría ensartado como un pollito —rió él.

—Oh, le habría dado otra espada para que se defendiese.

—No me habría enfrentado con un maestro como el barón. Pero eso, además, no se estila hoy día. Encantado de haberla saludado. Constance.

—Digo lo mismo, Muir.

Monk se encaminó hacia su coche. Cuando se disponía a arrancar, vio a la muchacha todavía en las escaleras de acceso al club. Constance sonreía, a la vez que agitaba una mano. Monk hizo un breve gesto.

—El barón es un tipo muy afortunado —masculló, a la vez que

retrocedía, para salir a la carretera.

El sargento Salters le llamó inesperadamente al día siguiente.

—Tengo algo para ti, que quizá pueda interesarte —dijo, cuando Monk estuvo en el despacho del policía—. Andas detrás de un chantajista, ¿no es cierto?

—Un tipo con muy pocos escrúpulos. Me amenazó y, por dos veces nada menos, ha intentado asesinarme. ¿Es que sabes algo de él?

—Hablamos también de unas muertes, que se achacaban a un mismo asesino. Las víctimas son Bent Cheely. Genny Croft y Ripp Hallum. Éstos son los que murieron a tiros, disparados por una misma pistola. Pero luego nos hemos topado con dos accidentes de automóvil, con sendas muertes. Una de las víctimas era un tal Pete Danby. Cayó por un barranco, en la carretera de Salera. La otra víctima es una tal Goldie Wray, amiga del anterior.

«El coche de Danby le pertenecía. Pero sabemos que Goldie no poseía un automóvil. Y, sin embargo, alquiló uno, precisamente el mismo que se despeñó por los acantilados del Sur. La patrulla de Tráfico ha informado que el coche no se desvió bruscamente. Estaba parado y se desfrenó, con Goldie en su interior. Sin embargo, la autopsia no puede decir si vivía o no antes de que el coche se estrellara contra las rocas de la base. No hay rastros de veneno o narcótico en su cuerpo y, si la golpearon para dejarla sin sentido, quedó tan destrozada, que el forense no se siente capaz de emitir un dictamen en este sentido».

—Curioso. Hud —dijo Monk.

—Todos esos tipos, amén de otras cosas nada honestas, se dedicaban principalmente a los chantajes. Unos de cierta entidad, otros de poca monta, pero, repito, su medio principal de vida era el chantaje. Y todavía hay más: aunque el coche fue alquilado a nombre de Goldie, no fue ella la que formalizó el trato. Una mujer, con su nombre, se presentó en la oficina de alquiler de coches y se llevó el que encontraron al pie del acantilado.

—¿Cómo habéis sabido que no fue Goldie la que alquiló el automóvil?

—Muy sencillo. Goldie era menudita, vivaracha, morena, y no pesaba más allá de cuarenta y dos kilos. La que se llevó el coche medía casi un metro ochenta, era rubia oscura, con algunas canas, y

pesaba alrededor de setenta y cinco kilos.

Monk saltó inmediatamente en su asiento.

—¡Mabel Ivill! —exclamó.

—La misma. Pero la hemos buscado y no hemos podido dar con ella —declaró el sargento Salters.

—Estaba empleada en el Iron Knights Club y se despidió anteayer.

—Sí, lo sabemos. Por eso precisamente tenemos interés en echarle el guante. Pero ahí no acaba todo, Muir.

—¿Hay más, Hud?

—Sospechamos que hay un tipo en el fondo del asunto, terriblemente astuto, con una inteligencia diabólica y una cultura fuera de lo común. Aunque lo teníamos fichado desde hace unos quince años, ahora, sin embargo, hacía más de dos que no nos había dado motivo de queja. Creemos que es él, pero ignoramos en absoluto dónde está.

—Si es él, estará escondido, dirigiendo las operaciones, ¿no te parece?

—Tenemos un montón de hombres buscándole por todas partes. Conservamos su fotografía y la están enseñando en todos los hoteles, moteles, pensiones, bares, en fin, por todas partes. Si quieres, le daré una: podrías dar con él y el beneficio sería mutuo.

—De acuerdo. Hud.

Salters metió la mano en el escritorio y sacó una fotografía que entregó al joven. Monk la examinó atentamente durante unos segundos.

El hombre retratado aparentaba unos treinta y cinco años y tenía el pelo castaño, con grandes entradas en la frente, Usaba gafas de gruesa montura de concha y su rostro era más bien redondo, indicando sin lugar a dudas un exceso de peso en su cuerpo.

—Medía un metro setenta y cinco y pesaba algo más de ochenta kilos —añadió Salters—. El nombre es Larry Agedden.

—Tirando a gordo, ¿no?

—Pues, sí. Un poco. Pero, repito, posee una inteligencia fenomenal. Y si ha cometido esos asesinatos, es que el asunto que tiene entre manos es de gran envergadura, lo suficiente para arriesgarse tanto.

Monk hizo un gesto de asentimiento.

—Hud, la fotografía es de hace un par de años ¿no?

—Algo más, pero no importa.

—Agedden ha podido cambiar de aspecto.

—Claro. Pero la corpulencia de un hombre es difícil de cambiar, ¿no crees?

—Sí se ha puesto un peluquín y usa lentillas en vez de gafas, estará irreconocible.

—No tanto, aunque debo admitir que su aspecto cambiaría muchísimo —contestó el policía—. Pero hay un dato muy importante, que no puede ser alterado: las huellas dactilares, y están archivadas aquí, en Jefatura.

Monk guardó la fotografía.

—Posiblemente sea Agedden el que quiere conseguir un millón de dólares —dijo—. Te avisaré si consigo averiguar algo.

—Estamos a la recíproca —sonrió el sargento.

Monk regresó a su apartamento. Cabe le llamó treinta minutos más tarde.

—Ya sabemos dónde está Mabel —dijo.

—Te escucho. Burt.

—Fue a México, capital. Por el momento, es todo lo que puedo decirte. Muir.

—No está mal. Burt. Muchas tiradas.

Después de conversar con su colaborador. Monk encendió un cigarrillo y se sentó en el diván, con las piernas sobre la mesita auxiliar. Durante unos minutos, reflexionó profundamente, tratando de relacionar los asesinatos con el chantaje.

Agedden, no cabía duda, era el autor de todo. Podía haber cometido los asesinatos tanto para evitar posibles delaciones, como para no repartir el botín. Dauby era el sujeto que había intentado arrojarlo fuera de la carretera. Pero ¿qué relación podía tener Goldie Wray con el caso?

Goldie era una mujer sin importancia. La amante de Danby, pero también una ramera de poca monta. Y, sin embargo, la habían asesinado.

De pronto, se levantó. Acababa de concebir una idea y quería ponerla en práctica sin perder un segundo.

Una hora más tarde, había averiguado el domicilio de Goldie. Le había costado unos cuantos dólares en propinas, pero creía que el

asunto merecía la pena.

Cuando entraba en su coche, vio a una persona en el asiento delantero.

—Me persigue como la sombra —se quejó...

—Estoy muerta de curiosidad por saber en qué acaba todo esto —sonrió Constance.

—Su padre podría decirle algo y así me dejaría usted en paz. ¿No le parece?

—Se ha cerrado en banda. Anoche casi nos tiramos los platos a la cabeza. Por fortuna, no estaba Pierre delante: de lo contrario, habría pensado muy mal de los modales de la familia Stubbins.

—Sí, algo sé de eso —convino él.

—Muir, ¿por qué no se ablanda un poco y me lo cuenta todo? —rogó la muchacha.

—Lo único que le puedo contar es que hay alguien que ha cometido ya cuatro asesinatos. Aunque las víctimas, en total, son cinco, puesto que debemos contar también a Pele Danby.

—¿Quién era ese tipo?

—Intentó lanzarme fuera de la carretera.

—Oh, sí, lo recuerdo. Entonces, hay mucho dinero de por medio.

—Un millón.

—¡Fiuuu...! —Silbó Constance—. No es una miseria, precisamente.

—Por un millón, muchas personas serían capaces de matar a otro millón —contestó él.

—Y usted opina que el asesino es el mismo que quiere sacar a mi padre esa suma.

—Sí.

—Muir, dígame, ¿hay en la vida de mi padre algún horrible secreto que no deba ser divulgado?

Monk vaciló un segundo.

Luego dijo:

—Si se tratase de algo delictivo, no habría intervenido. Pero si quiere saber más...

—No siga —suspiró ella—. Se lo preguntaré a mi padre. Por cierto, ¿adónde vamos, Muir?

—Ya llegamos —contestó él, a la vez que arrimaba el coche a la acera.

CAPÍTULO X

Tanteó la puerta y halló que el pomo giraba sin dificultad. Encendió la luz después de abrir y tras él. Constance lanzó una exclamación de asombro.

—Pero ¿qué ha pasado aquí?

Monk entró en el apartamento, que aparecía salvajemente revuelto. No había un solo mueble en su sitio y los tapizados de los sillones, las sillas y el diván, estaban rasgados y con el contenido esparcido por el suelo.

La cocina y el dormitorio estaban igualmente revueltos. En la cocina habían sido vaciados incluso los botes que contenían diversos alimentos.

—Alguien se me ha anticipado —murmuró él.

—¿Buscaban algo? —preguntó Constance.

—Aquí vivía una tal Goldie Wray, que murió asesinada hace tres días. Se sospecha que sabía algo del chantajista y que por eso mismo fue asesinada. Y el que ha estado aquí, lo ha hecho para encontrar cualquier cosa que pueda darnos una pista.

—De este modo, evita que lo encontremos, ¿verdad?

—Sí, aunque ya sospechamos de cierta persona. Pero el caso es que no sabemos dónde está.

Monk hizo una rápida revisión del apartamento. Era inútil seguir buscando, se dijo.

Si Goldie sabía algo, su secreto estaba en la tumba, con ella. Y si había dejado algún rastro. Agedden lo había destruido.

—He sido demasiado ingenuo. El asesino vino aquí mucho antes —se lamentó.

Y, de pronto, se encontró con que estaba hablando solo.

—¡Constance! —gritó.

—¡Estoy aquí, en el baño!

—Ah, bueno, esperaré...

—No, venga aquí.

Monk corrió hacia el cuarto de baño. Constance estaba parada frente al espejo, mirándolo en posición oblicua.

—Hay un número de teléfono, escrito sin duda con lápiz graso, pero transparente —dijo.

Monk ocupó el puesto de la muchacha. Desde aquella postura, las cifras resultaban fácilmente legibles.

—Anotaré ese número y haré que me lo localicen en la policía —dijo—. ¿Cómo lo vio. Constance?

—Pura casualidad. Entré para echar un vistazo y el instinto, me hizo acercarme al espejo para retocarme un poco el pelo. Entonces vi algo raro, me retiré, di un paso a la izquierda...

Monk había anotado ya el número telefónico.

—El asesino no supo verlo, aunque sí hurgó en la cisterna del inodoro —dijo, señalando la tapa levantada.

—Sin duda creyó que cualquier pista podría estar en un papel, ¿no es así?

Monk asintió.

—Creo que podemos irnos —dijo.

Cuando llegaban a la planta baja, se acercó al conserje y le enseñó la fotografía de Agedden.

—¿Ha visto a este tipo? —preguntó.

El conserje se concentró unos instantes.

—Sí —dijo al cabo—. Estuvo aquí hace dos días. Preguntó por el apartamento de Goldie. Dijo que iba a recoger algo que había prestado a esa pobre chica.

—Y usted le permitió...

El conserje enrojeció. Monk sonrió.

—Fue una buena propina, ¿verdad?

Agarró el brazo de la muchacha y la empujó hacia la calle.

—No cabe duda —dijo—. Agedden estuvo aquí. Si encontró algo, lo destruyó o lo tiene en su poder.

—¿Y si no lo encontró?

—Se siente muy tranquilo.

—Muir, quiero decirle una cosa —exclamó ella de repente.

—Hable sin miedo. Constance.

—¿Por qué no viene a cenar con nosotros?

—¿No se enfadará el barón?

—Está en San Francisco. Dijo que iba a no sé qué de documentos, en el Consulado francés...

Monk sonrió.

—Acepto encantado. Puede que esta noche tenga la inmensa fortuna de ver a padre e hija tirándose los platos a la cabeza —respondió.

—Aún no estoy resuelto a contarle la verdad a mi hija —declaró Stubbins.

—¿Teme a su reacción? —preguntó Monk.

Stubbins miró de soslayo a la muchacha, que tomaba educadamente la sopa.

—Es fuerte, lo aguantará —añadió el joven.

—Si no descuartizó a mi madre y repartió los restos luego, en varias maletas, y las facturó por ferrocarril a distintos lugares, sí, lo resistiré —dijo Constance sin alterarse.

—¡Hija, por Dios! Jamás se me habría ocurrido una cosa semejante —barbotó Stubbins.

—A veces has hecho cosas de las que, ciertamente, no puedes enorgullecerte, papá.

Monk escuchaba el diálogo sumamente divertido.

—Bueno, todos tenemos nuestros defectos, hija —se amoscó el señor Stubbins.

—Tú tienes uno que vale un millón. ¿Qué es? ¿Algún hijo secreto? ¿Acaso fuiste espía para los rusos hace treinta años?

—No, no fue nada de eso. Es... —Stubbins pegó un fuerte puñetazo en la mesa—. Todavía no puedo decirte nada, muchacha. Todo depende de cierta llamada telefónica que he hecho. Espero la respuesta y te la comunicaré cuando llegue, ¿entendido?

—Sí, papá.

Hankins, el mayordomo, llegó en aquel momento con el teléfono en las manos.

—Para usted, señor Monk.

—Ah, muchas gracias —dijo el joven—. ¿Hud? ¿Eres tú? Escuchó unos instantes, agradeció la llamada de su amigo policía y luego devolvió el teléfono al mayordomo.

Stubbins le miró inquisitivamente.

—¿Es importante?

—El teléfono que hallamos en el apartamento de Goldie Ray,

corresponde al que tenía contratado Larry Agedden, en la planta vigésimo primera de los apartamentos Diamond —dijo Monk—. Pero hace dos días rescindió el contrato y los operarios se llevaron el teléfono.

Constance saltó en su asiento.

—¡Dios mío! Pierre tiene su ático justo en la planta veintidós. ¡Ha estado viviendo encima de un asesino, corriendo riesgos gravísimos...!

—El barón no ha corrido el menor peligro en ningún momento —contradijo Monk—. Agedden no le tocaría un pelo de la ropa, porque si Pierre muriese, el chantaje no tendría ya objeto.

—Así es —corroboró Stubbins.

—No entiendo nada en absoluto —declaró Constance, desconcertada.

Hankins volvió a entrar y se acercó al joven, diciéndole algo al oído. Monk se levantó de inmediato.

—Perdonen un momento —rogó.

Salió del comedor, ante el asombro de padre e hija, y volvió a poco, llevando de la mano a una mujer de cierta edad, todavía muy hermosa.

—Señor Stubbins, es hora de que Constance sepa la verdad. Su madre opina lo mismo, ¿no es así, Charity Evans?

—Así es —confirmó la aludida.

Monk aguardaba en la terraza, fumando un cigarrillo. Constance se le acercó tic pronto, con los ojos todavía húmedos.

—Eres un miserable —le reprochó—, lo sabías desde el primer momento.

—Claro. Me lo dijo tu padre —contestó él, impasible.

—Fueron unos estúpidos orgullosos. Han perdido veinte años, los mejores de su vida, por una tontería...

—Tienen tiempo sobrado por delante, para recuperar lo perdido.

—Sí, eso es lo que creo —suspiró Constance—. Entonces, se casarán pronto.

—Pueden hacerlo perfectamente.

—Yo había pensado el mismo día de mi boda con Pierre.

—Recuerda los sentimientos de Pierre y de su madre. No lo admitirían. Y deben ignorarlo. Al menos, por ahora. Después de la boda, claro, ya no podrán decir nada.

—Entonces, el chantajista quiere ese dinero, para no contárselo a los Duval...

—Exactamente.

—Oh, no creo que Pierre me rechazase por semejante tontería.

—Él, seguramente, no, puesto que te ama con todo su corazón. Pero su madre es muy rígida. Tú lo sabes bien, me parece.

Ella asintió.

—Sí, tengo entendido que la condesa es muy severa —admitió—. Pero cuando nos casemos Pierre y yo, el asunto habrá quedado resuelto. Y el chantajista, con un palmo de narices.

—Eso es lo peligroso —murmuró Monk.

—¿Por qué?

—Va a perder un millón de dólares. No se resignará fácilmente.

—¿Tú crees, Muir?

—Se sentirá desesperado y un hombre desesperado es capaz de cualquier cosa. Será cosa de estar prevenido.

¿Tienes algún plan?

Stubbins apareció de pronto en la puerta de la terraza.

—¡Muir!

—¿Señor?

—Charity y yo hemos acordado casarnos mañana mismo. Será una ceremonia discreta, con los testigos mínimos.

—Yo estaré presente, papá. Se lo diré también a Pierre —exclamó la muchacha.

—No —prohibió Monk—. El barón no debe saber nada, por el momento. Les ruego callen el asunto, hasta después de la boda de Constance.

—Sí, creo que será lo más conveniente admitió Stubbins. —Muir, ¿querrá ser nuestro testigo?

—Y yo, ¿no voy a poder asistir? —exclamó la muchacha.

Monk levantó una mano.

—Si me lo permite, señor, organizaré todo, para que se realice con la máxima discreción.

—Encantado —accedió Stubbins.

—Quizá sea mejor que se casen pasado mañana. Mañana me ocuparé del papeleo y haré lo posible para que la ceremonia se celebre a la hora más temprana posible.

—Lo dejo en sus manos. Muir.

—Gracias, señor.

Monk se dispuso a abandonar la residencia. Constance le tendió la mano.

—Nunca te lo agradeceré lo suficiente —dijo, conmovida.

—Bueno, tu padre me paga —sonrió él.

—Sí, pero el dinero no lo es todo, Muir.

—Algunos piensan lo contrario.

Monk miraba de reojo al padre de la muchacha. Stubbins enrojeció al comprender la alusión.

—Esa cuenta está ya saldada —rezongó.

—Costó un poco —dijo el joven.

—¿Y lo que le divertiste mientras tratabas de conseguir que devolviese el dinero?

Monk lanzó una alegre carcajada.

—Eso no tuvo precio —contestó.

CAPÍTULO XI

Hud Salters le llamó al día siguiente.

—Estuvimos en el apartamento de Agedden —dijo.

—¿No encontrarías nada importante?, me imagino.

—Bueno, era de esperar. El pájaro había volado.

—Y estará...

—Dios lo sabe —suspiró Salters—. Pero averiguamos algo muy importante.

—¿Sí?

—Agedden alquiló el apartamento, pero no lo ocupó nunca.

Monk respingó.

—No puede ser. Al menos tenía que recibir informes telefónicos —dijo.

—Tal vez acordaba unas horas determinadas y llegaba, estaba unos minutos, y se marchaba inmediatamente de recibida la llamada. Eso no es ocupación, precisamente.

—¿Lo recuerda el conserje?

—Oh, sí, claro: le vio unas cuantas veces. Somos nosotros los que hemos deducido que, estrictamente, no ocupó el apartamento. No había allí ni una sola prenda de ropa y si se marchó precipitadamente, no pudo llevarse todo su equipaje. Debería haber dejado alguna camisa sucia, un pañuelo, algunos calcetines y no había nada, lo que se dice nada.

—Entonces, Hud, no le des más vueltas: sólo tenía el apartamento por el teléfono.

—Sí, eso creo —contestó el policía—. ¿Tienes algo nuevo para mí?

—No. Estoy aguardando noticias de México, sobre Mabel Ivill, pero aún no sé nada.

—Lláname en cuanto puedas.

—Descuida.

Monk colgó el teléfono y empezó a darse tirones en el labio inferior. La clave estaba en Agedden, por supuesto, pero ¿dónde estaba Agedden?

Su fotografía había sido profusamente repartida, pero no lo hablan hallado hasta el momento. Estaría disfrazado, no cabía duda. Era un hombre muy astuto. Usaría un disfraz tan natural, que nadie sería capaz de verlo, a menos que él mismo lo declarase.

—Y no se va a delatar a sí mismo —masculló.

El teléfono sonó en aquel instante.

—Monk —dijo, tras levantar el aparato.

—Soy Stubbins. El chantajista me ha llamado.

Monk se puso rígido.

—¿Qué ha dicho?

—Tengo que preparar el millón de dólares. Me concede tres días. Pasado ese tiempo, lo soltará todo.

—Usted no le ha dicho nada de que mañana va a casarse con Charity.

—No, desde luego. ¿Qué hago, Muir?

Monk reflexionó breves instantes.

—¿Le ha dicho dónde debe entregar el dinero?

—No. Me llamará al final de ese plazo, para saber si he conseguido reunirlo. Entonces, me dará las instrucciones definitivas para la entrega.

—Está bien. Sígale la corriente. No deje traslucir en ningún momento lo que sabe. Actúe con naturalidad, ¿comprende?

—Es difícil actuar con naturalidad en un caso semejante —rezongó Stubbins.

—Tiene que hacerlo —exigió el joven, inflexible—. Porque se trata de un sujeto que ha cometido ya cuatro asesinatos y que no vacilaría en volver a matar, si fuese necesario.

—Muy bien, haré lo que pueda.

—Avíseme apenas vuelva a llamarle. A partir de pasado mañana, estaré en casa todo el tiempo.

—De acuerdo.

Monk colgó nuevamente el teléfono. Por supuesto, tenía que echarle el guante a Agedden. Pero debía actuar con el máximo de discreción.

Por un momento, pensó en disfrazarse, pero rechazó la idea de

inmediato. Tal vez Agedden le vigilaba, por sí mismo o por un compinche de su máxima confianza. No; lo más conveniente era conocer de antemano el lugar donde iba a efectuarse la entrega del dinero y sorprender allí al chantajista.

Al atardecer, le llamó Cabe.

—Más noticias de Mabel Ivill —dijo.

—A ver, habla —pidió Monk.

—De México fue a París. No lo entiendo. ¿Qué diablos tiene que hacer allí esa prójima?

—¿Has dicho París?

—Sí, eso mismo. Los informes de la oficina de Air France en la capital mexicana son concluyentes. Sacó el billete y subió al avión. Y llegó a París sin novedad. Es más, se conoce el nombre del hotel en que se hospeda: el Pont D'Alsace. Pero yo no conozco a nadie en París...

—Creo que yo sí conozco a una agencia que podrá seguir los pasos de esa buena señora —dijo Monk—. Gracias. Burt.

Monk llamó a la residencia de Stubbins.

Constance fue quién se puso al teléfono.

—Hola, Muir. ¿Sucedó algo?

—En parte, sí. ¿Quién está contigo?

—Mamá, Pierre no ha vuelto aún de San Francisco...

—¿Y tu padre?

—En el despacho, trabajando en no sé qué papeles.

—Ponme con él. Quiero hablarle inmediatamente.

—¿Es importante, Muir?

—No seas curiosa. Haz lo que te digo.

—Está bien, hombre silencioso —dijo ella despechada.

La voz de Stubbins se dejó oír a los pocos instantes.

—Señor, necesito que me facilite la dirección de la agencia de detectives que le proporcionó informes sobre el barón —manifestó el joven.

Stubbins respingó.

—Oh, no, señor, en absoluto. Pero resulta que no conozco a ningún investigador privado en París y convendría seguir los pasos a cierta dama, que supongo está relacionada con el asunto.

—Vive en París esa mujer, ¿eh?

—Accidentalmente, por lo menos, señor.

—Muy bien. Voy a buscar la dirección...

Momentos después. Monk tenía las señas de la agencia de detectives contratada antes por Stubbins.

—Puedes firmar el cablegrama con mi nombre —dijo el padre de la muchacha—. Ellos va me conocen.

—Gracias, señor, aunque les pediré que me envíen la res puesta a mi casa. Buenas noches, señor.

—Buenas noches, Muir.

Desde la terraza del aeropuerto. Monk contemplaba el incesante movimiento de la gente y de los aviones que iban y venían sin parar. Al cabo de un rato, vio llegar el avión de la Air France, procedente de París.

Estaba en un lugar relativamente discreto y provisto de unos prismáticos. Así pudo ver la llegada de los pasajeros procedentes de Francia. Entonces descendió a la estación y buscó el lugar apropiado para presenciar el encuentro.

Una dama, de blancos cabellos y porte arrogante, llegó a la aduana. A los pocos momentos. Constance, acompañada del distinguido Pierre, salió a su encuentro.

La condesa estudió unos instantes a Constance. Luego, de pronto, la abrazó cariñosamente y la besó en ambas mejillas.

—Mi hijo Pierre no podría haber hecho mejor elección —dijo la condesa Madeleine, hablando un buen inglés, pero con un innegable acento francés—. Tengo la seguridad de que sabrás hacerle muy feliz y que tú también serás muy dichosa con él.

—Gracias, señora —contestó la muchacha—. Amo a Pierre y...

La condesa acarició una de las mejillas de Constance.

—No pareces americana —sonrió—. Tienes elegancia natural, distinción innata... Sí, eres la mujer que yo habría elegido como esposa para mi hijo Pierre. Y espero que pronto me deis un nieto que un día pueda perpetuar el apellido.

—Mamá, todavía es pronto para pensar en una cosa así —rió el barón—. De momento, lo que más nos conviene es que descanses del largo viaje. Tiempo tendremos de hablar de muchas cosas...

—Le hemos preparado una habitación en mi casa, señora —dijo Constance—. Papá se sentirá muy contento de tenerla como huésped.

—Pero. Constance —exclamó Duval—, ¿no recuerdas que te dije

que se alojará en el West Beach? Mamá no quiere causaros la menor molestia, cariño.

—Está bien, pero, de todas formas, espero que asista mañana a la cena que daremos, para que la conozcan algunas de nuestras más íntimas amistades.

—Oh, claro que sí, queridita —sonrió la condesa—. De todos modos, ahora me siento un poco fatigada.

—Mi coche está fuera, señora —indicó Constance.

El trío se alejó. Monk salió de detrás de la columna donde había estado apostado, oyendo la conversación.

Encendió un cigarrillo y lo dejó humeante, colgando de los labios. Estuvo así unos minutos y luego se dirigió al estacionamiento de automóviles.

La llegada de la condesa se había producido en el día en que el chantajista debía indicar el punto donde se le entregaría el dinero. Cabe estaba en casa de Monk, al pie del teléfono, mientras el joven acudía al aeropuerto, para conocer en persona a la condesa.

Regresó a la ciudad y se detuvo en una floristería, para comprar un gran ramo de flores. Luego, sin prisas, se dirigió al West Beach.

Entró en el hotel y se acercó al mostrador de recepción.

—Buenos días, amigo —sonrió al empleado—. Tengo en tendido que se aloja aquí la condesa Madeleine Duval.

—Es cierto, señor. ¿Desea que le demos algún recado?

—Oh, no será necesario. Indíqueme, simplemente, el número de su habitación. Somos antiguos amigos y deseo darle una pequeña sorpresa.

—Entiendo, señor —sonrió el recepcionista—. La condesa tiene la *suite* número E2. *Segundo piso, por favor.*

—Muchas gracias, amigo mío; es usted muy amable.

—No se merecen, señor.

Impasible, Monk avanzó a lo largo del espacioso vestíbulo, hasta uno de los ascensores. Al llegar a la segunda planta, buscó la puerta indicada y llamó con los nudillos.

Una voz femenina sonó al otro lado:

—¿Quién es?

—Flores para la señora condesa —contestó el joven—. Las envía el señor Stubbins...

La puerta se abrió de inmediato y Monk se coló de un salto en la

estancia. Antes de que la ocupante de la *suite* pudiera decir algo, sonrió a la vez que saludaba:

—Hola, Mabel Ivill.

Aunque se había puesto una bata, el aspecto de la chantajista había cambiado notablemente. Mabel aparentaba ahora diez o quince años más de los que tenía en realidad, merced a la peluca blanca y a un maquillaje enteramente adecuado al papel que desempeñaba.

—Un disfraz muy hábil —añadió—. Pero la corpulencia no se puede disimular tan fácilmente, Mabel. Y si has aprendido algo de francés, no has cambiado de forma de mover las caderas al caminar. Deberías haberte portado con más mesura, como una auténtica condesa.

Los acerados ojos de la mujer despedían chispas de furia infinita. Súbitamente, sin previo aviso, disparó su puño derecho.

Sorprendido. Monk no pudo evitar el golpe y cayó de espaldas contra la pared, resbalando luego hasta el suelo, en donde quedó prácticamente sin sentido. Mabel lanzó una obscena interjección y, tras unos segundos de duda, corrió hacia el teléfono.

—Larry —dijo momentos después—, ha surgido un conflicto. Monk lo sabe. Está aquí, en mi habitación del hotel. ¿Qué diablos hago?

—Oh, no creo que ese buen amigo pueda asistir a la boda. Me dijo que tenía que emprender un viaje muy largo —contestó Agedden.

Mabel asintió.

—Entiendo, ¿emprende el viaje desde aquí?

—Por supuesto.

—Muy bien. Pero tendré que mudarme de hotel.

—Estoy completamente de acuerdo...

Mabel colgó el teléfono. Monk continuaba todavía tendido en el suelo.

Había una forma de eliminar a aquel entrometido, se dijo. Buscó entre los objetos de tocador y encontró unas tijeras, con las que cortó un trozo de cordón de las cortinas.

Luego escondería el cuerpo en un armario. Antes de que lo descubriesen, pasarían días... Sobre todo, si mantenía la habitación a su nombre y cerraba el armario con llave.

Con el cordón en las manos, se acercó al caído, arrodillándose a su lado. En el mismo instante, un pie golpeó su estómago con tremenda potencia y la arrojó hacia atrás.

Mabel gritó. Monk se puso en pie de un salto. Cuando ella, blasfemando horribilmente, intentaba levantarse, la golpeó de nuevo, primero en el estómago otra vez y luego en la barbilla. Se chupó los nudillos pensativamente, mientras oía los gemidos de la mujer, que no había perdido del todo el conocimiento.

—Pegas fuerte, condenada —gruñó.

Al cabo de unos segundos, buscó más cordón y ató sólidamente las muñecas y los tobillos de la chantajista. Ella había despertado y le insultaba soezmente. Monk no hizo el menor caso y, a rastras, la llevó hasta el cuarto de baño.

—Dentro de unos minutos, vendrá a buscarte la policía —anunció.

Mabel le dirigió una mirada, en la que expresaba el odio que sentía hacia el joven. Pero Monk había hecho bien los nudos y sabía que ella no podría desatarse por sí misma.

—Querida, me alistaría que vinieses conmigo —dijo el barón.

—¿Adónde? —preguntó Constance, extrañada.

—Quiero darte una sorpresa. ¿Tienes algún inconveniente?

—Oh, en absoluto... Pero me gustaría estar para la hora de la cena...

—No te preocupes. Vamos, cariño.

Salieron de la casa y subieron al Mercedes. Duval condujo durante unas manzanas. Luego, de pronto, detuvo el coche.

—Perdona, voy a telefonar a mamá un instante. Ella también debe participar de la sorpresa.

—Claro, querido.

El barón se apeó. A los pocos minutos regresó al coche. Constance creyó averiguar en su expresión ciertos motivos de preocupación.

—¿Sucedec algo, Pierre?

—Oh, no, nada en absoluto. Escucha. Constance, me gustaría que mamá viese la cabaña donde pasaremos los primeros días de la luna de miel. ¿Tienes algún inconveniente?

—Pero, hombre, si hay más de una hora...

—No importa. En todo caso, haríamos cena para los tres allí.

Mamá, pese a todo, es una cocinera formidable.

Constance se sentía un tanto extrañada, pero acabó por ceder.

—Muy bien, vamos allá. Pierre. Pero tendríamos que avisar a mi padre...

—Oh, no te preocupes, ya se lo he comunicado y está de acuerdo
—contestó el barón con aire intrascendente.

CAPÍTULO XII

—Tiene a Constance en su poder —dijo Stubbins—. Se ha enterado de lo que sucedía y ha variado las condiciones del chantaje. La vida de Constance a cambio del millón de dólares.

Monk se acarició pensativamente el mentón. Charity alargó las manos hacia el joven.

—Haga algo. Muir. Es preciso salvar a mi hija...

—Siguiendo sus instrucciones, no saqué el dinero del banco —declaró Stubbins—. ¿Cómo me presento ahora ante él, sin el rescate? Es capaz de asesinarla. Un crimen más ya no le importaría nada.

—Por favor —insistió Charity, con sus bellos ojos inundados de lágrimas.

Monk asintió.

—Estoy de acuerdo —dijo—. Hemos de hacer algo para salvar a Constance. Señor Stubbins, busque un maletín apropiado y llénelo con libros, para que se note el peso. Luego actúe tal como le ha dicho el secuestrador. Yo haré el resto.

Charity le cogió las manos con gran vehemencia.

—Sobre todo, evite riesgos para mi hija —pidió angustiadamente.

El joven sonrió.

—Evitaré esos riesgos —aseguró—. Bien, ahora conocemos toda la verdad. Como suele decirse, lo teníamos delante de las narices, sólo que no sabíamos verlo. Claro que es un hombre de enorme astucia y con una inteligencia privilegiada. Otro cualquiera no hubiese podido elaborar un plan tan bien hecho, aunque a última hora fracasó.

—¿Por qué, Muir? —preguntó Stubbins.

—Por los imponderables que siempre surgen en estos casos, pese a todas las previsiones —respondió Monk—. Bien, usted haga

exactamente lo que le han indicado. Yo me ocuparé del resto. — Volvió la mirada hacia Charity—. Esta misma noche le devolveré a Constance, señora —aseguró rotundamente.

—Tu madre no ha llegado todavía. Pierre —observó Constance, un tanto aprensiva.

El barón miró hacia afuera, a través de una de las ventanas. Las luces de un coche que se acercaba a la cabaña brillaron a doscientos pasos de distancia.

—Ahí llega —mintió.

El coche se detuvo. Un hombre, con un maletín en la mano, se apeó y caminó hacia la cabaña. Entonces, con gran sorpresa de Constance, el barón sacó una pistolita y se situó junto a la puerta.

—Entre, señor Stubbins.

Constance se puso en pie.

—Pero, Pierre, ¿qué sucede? —gritó—. ¿Por qué amenazas a mi padre?

Sin mirarla, el chantajista sonrió.

—Tu papaíto me trae ahí un millón de dólares —contestó—. ¿No es así, señor Stubbins?

—Sí —contestó el interpelado.

—La chica, como habrá podido apreciar, está en perfectas condiciones. Deme el dinero.

Stubbins alargó el maletín. El chantajista fue a tomarlo, pero, de pronto, rectificó y señaló la mesa.

—Ábralo —ordenó—. No quiero que me juegue una mala pasada, porque si ha tratado de engañarme, los mataré a los dos aquí mismo.

—No entiendo nada... Pierre, ¿te has vuelto loco? —gimió la muchacha.

Hija, mantente serena —dijo Stubbins—. Este caballero no es barón ni cosa que se le parezca. Y su verdadero nombre es Larry Agedden.

Los ojos de Constance se dilataron de horror.

—Oh, no, no es posible... No te creo, papá: tú no quisiste nunca que me casara con él... Ahora te has inventado esa absurda historia...

—¿Es que no has oído sus amenazas? ¿Crees que bromea?

Los labios de Constance temblaron. Agedden emitió un gruñido.

—Vamos, abra ese maletín en el acto —ordenó.

En el mismo instante, algo entró volando por la puerta. La piedra alcanzó de refilón la mano armada y, aunque fue un golpe poco contundente, resultó suficiente para que la pistola saltase por el aire.

Agedden lanzó un rugido de rabia y quiso recuperar la pistola. Un pie la envió violentamente al fondo de la sala.

—Lo siento —dijo Monk alegremente—. La condesa no pudo estrangularme, como era su intención.

Durante unos segundos, sólo hubo silencio en la cabaña. Stubbins, precavido, se había llevado a Constance a un rincón. Monk y Agedden estaban frente a frente.

—Lo has hecho muy bien, Larry —dijo Monk al cabo—, incluyendo la falsa agencia de detectives de París, que envió los que te convenían, cuando el señor Stubbins quiso saber quién era el pretendiente de su hija. Seguramente, fue uno de tus compinches muertos el que hacía el papel de detective allí y envió esos informes que engañaron tan bien al padre de Constance. Una vez conseguido el objetivo, la agencia desapareció: ya no era necesaria.

—¿Cómo lo has sabido? —Gruñó Agedden.

—Muy sencillo. Tu cómplice, y seguramente, la financiadora del asunto, se fueron a México y luego a París, para volver aquí como la condesa Madeleine. Yo cablegrafié a esa agencia, para que siguieran los pasos de Mabel en París, pero me devolvieron el cablegrama, por «destinado desconocido». Lo demás resulta ya fácil de adivinar.

—Muy listo —masculló el chantajista—. Fue una lástima que no le matasen...

—Usted sabía que corría peligro conmigo y quiso evitarlo, pero falló. Aunque luego desistió de ello, porque era aún más comprometedor y las cosas se estaban precipitando. Los que murieron habían sido sus colaboradores, pero sabían que se cocía algo gordo y querían una tajada mayor que lo que les había prometido. Y usted no quería repartir el botín con nadie, salvo con Mabel, que le resultaba indispensable. Pero aun así, habrían recolectado medio millón cada uno, que no está nada mal. Ahora bien, usted tenía alquilada el apartamento inmediatamente inferior al ático que ocupa y en el teléfono de abajo hizo un empalme, que luego quitó, por lo que las llamadas dirigidas al apartamento

llegaban en realidad al ático. Cuando se dio cuenta de que Goldie Wray podía conocer ese número de teléfono, decidió rescindir el contrato. De este modo: eliminaba rastros y la estancia de Agedden en el mismo edificio que el barón sólo podía ser achacada a la casualidad.

—Muy inteligente, Monk —respondió el chantajista—. Pero ¿podrá probar algo contra mí?

—En alguna parte tiene usted una pistola con silenciador, no la que ha enseñado hace algunos momentos. La policía la encontrará, créame. Oh, fue muy astuto. Cuando se le ocurrió el plan, empezó a adelgazar. Tenía que perder peso y ha rebajado diez o doce kilos. Ya no usa gafas, sino lentillas, y las entradas de la cabeza quedan ocultas por el peluquín. Además, usa bigote y el pelo está teñido de negro. Su aspecto es completamente distinto del que tenía cuando le ficharon por última vez. Pero, sin embargo, volvió a recobrar la apariencia de Agedden cuando fue a registrar el apartamento de Goldie. Se puso bultos bajo las mejillas, más ropa debajo del traje y hasta se tapó el bigote con alguna pasta. Con las ganas, el que había estado buscando rastros en el apartamento de Goldie era Agedden y no el barón.

—Pero no lo entiendo del todo —intervino Stubbins—. Ese hombre ¿me creía capaz de pagar un millón?

—Usted estaba dispuesto a ello. Y me contrató para evitar que se descubriese el secreto —contestó el joven—. No quería que la falsa condesa pudiera estropear la boda de su hija.

—Sí, tiene razón —admitió el padre de Constance—. Por ella, sería capaz de cualquier cosa...

Monk observó a la muchacha. Constance parecía anonadada. Había recibido un golpe muy duro, se dijo.

—Y luego, el amigo Larry, viendo que las cosas se torcían, decidió conseguir ese millón mediante amenazas —añadió Monk.

—¡Todavía puedo conseguirlo! —gritó Agedden repentinamente, a la vez que se apoderaba del maletín con la mano izquierda.

Retrocedió unos pasos y descolgó una espada de la chimenea.

—Abran paso —ordenó—. Si alguien intenta detenerme, lo atravesaré...

Monk se echó a un lado. Sin perderle de vista, Agedden empezó a caminar hacia la puerta. Se súbito. Monk dio un salto y

apoyándose con la manos en la mesa, pasó al otro lado y corrió hacia la chimenea.

Agedden se lanzó hacia la puerta. El maletín se abrió repentinamente y varios libros cayeron al suelo.

El chantajista se detuvo en seco.

—¡Me han engañado! —rugió.

Monk avanzó hacia él, con la espada en la mano.

—Barón usted es un buen espadachín, creo —dijo.

Agedden sonrió.

—Estoy dispuesto, señor.

Constance contemplaba la escena, con ojos dilatados por el terror. Le parecía estar viviendo una aventura irreal. No era ella quien estaba en la cabaña, sino su espíritu.

Las espadas chocaron y despidieron chispas. Agedden atacó con fuerza, pero retrocedió cuando vio que su adversario paraba todos los golpes. Aparecieron gotas de sudor en su frente.

Hizo un desesperado esfuerzo y empujó a Monk hacia la chimenea. El joven, en el último instante, desvió una terrible estocada. Giró sobre sí mismo, eludió un tremendo mandoble y, a su vez, contraatacó, empujando inexorablemente al chantajista hacia la puerta.

De súbito. Agedden se tiró a fondo. Monk se agachó velozmente. Todavía con las rodillas dobladas, alargó el cuerpo a fondo y su espada se introdujo profundamente en el pecho del chantajista.

Los ojos de Agedden se dilataron. Unos centímetros de acero, opacado por la sangre, asomaban por su espalda.

La espada que empuñaba cayó al suelo. Monk retiró la suya. Agedden permaneció unos instantes en pie. Luego, de pronto, se derrumbó al suelo como una masa.

La voz del sargento Salters resonó inesperadamente en las tinieblas del exterior:

—¡Por todos los diablos! Llegué a creer que estaba asistiendo a la filmación de una película de espadachines.

Monk dejó caer la espada al suelo y se limpió el sudor de la frente.

—No era ficción. Hud —contestó—. De haber podido hacerlo, me habría atravesado sin el menor escrúpulo.

—Fue un duelo impresionante, aunque no sabía que fueses tan

buen esgrimista.

—Y no lo soy, pero él aún era peor. Apenas había tomado una veintena de lecciones en el club, sólo para ayudar a la ficción que desempeñaba.

Monk volvió los ojos hacia los Stubbins.

—Será mejor que se lleve a Constance a casa. Su madre estará aguardándoles con impaciencia.

—Sí —contestó Stubbins.

Constance no tenía fuerzas para hablar y se dejó llevar en silencio. Monk quedó con Salters y sus subordinados.

—Cabe me avisó un poco tarde —se quejó el sargento.

—Bueno, pero te he resuelto el caso, ¿no?

—Vete tranquilo. Muir —respondió Salters—. Ah, Mabel ya está en Jefatura. Parece que se muestra dispuesta a cooperar.

—Es una buena noticia, Hud.

Monk abandonó la cabaña y se dirigió en busca de su automóvil. Encendió un cigarrillo.

Necesitaba relajar sus nervios. Quizá resultaría conveniente llamar a Tracy Weldon. Pero desechó la idea de inmediato. No tenía ganas de reanudar una aventura, que podía darle quebraderos de cabeza en el futuro.

Un par de copas y una noche de sueño, le dejarían como nuevo, se dijo.

Había ido a la playa a descansar un poco, tras un caso bastante complicado, y después de nadar largo rato, salió a la orilla y se dirigió al lugar donde tenía sus cosas.

Una mano femenina alargó la toalla.

—Toma, sécate —dijo Constance.

Monk sonrió.

—Tú también has venido a bañarte —dijo, al observar su indumentaria.

—Llamé a tu despacho y me dijeron que estarías aquí —contestó ella.

—¿Necesitabas hablar conmigo?

—Si no te molesta...

—Al contrario. ¿Puedo ayudarte en algo?

Constance le miró largamente.

—Han pasado ya un par de semanas —dijo.

—Lo sé. ¿Cómo te encuentras?

—Empiezo a recobrarme, Muir.

—Eso es bueno.

—Lo hizo muy bien. Consiguió engañarnos a todos.

—No te lo reproches. Era un sujeto infernalmente listo.

Estuvo más de dos años preparando el golpe. Aunque, al final, no le sirvieron para nada.

Constance asintió.

—Ya sólo es un mal recuerdo —murmuró—. Muir, antes me has preguntado si podías ayudarme en algo.

—Claro, mujer. ¿De qué se trata?

—He estado hablando con mamá.

—Es una mujer de todas prendas.

—Ella y papá son ahora muy felices. Han reconocido sus errores y se esfuerzan por olvidar el pasado. Mamá dice que a mí me conviene lo mismo, pero que necesito a alguien que me ayude.

—Si conozco a esa persona...

Constance sonrió.

—Mamá dice que eres el hombre más apropiado —manifestó.

—Lanzaré un «viva» en honor de la señora Stubbins —exclamó él alegremente—. Y ¿qué dice el señor Stubbins?

—Papá querría hablar contigo. También necesita un experto en inversiones, un buen abogado...

—Eso puede esperar. Constance... De momento, vamos a ocuparnos de tu problema: es mucho más urgente.

—Sí. Muir.

—Empezaremos por... Bueno, has venido a bañarte, me imagino.

—Claro —rió la muchacha.

Monk agarró su mano.

—Vamos a bañarnos —exclamó—. Luego iremos a comer a algún sitio. Después...

—¿Después, Muir? —preguntó Constance ansiosamente.

—Ya se nos ocurrirá algo, no te preocupes.

Tiró de la muchacha hacia el agua y echaron a correr. Monk confiaba en que Constance olvidaría pronto todo lo sucedido.

Él se ocuparía de que así fuese.

FIN

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España **PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.**

